

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 57.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÍU, 1.—MADRID

1.º de Noviembre 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *La evolución de la Filosofía en España*, por Federico Urales.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*París*, por Emilio Zola.
SECCION LIBRE: *La condición humana y la ley*, por Antonio López.—*El ladrón desnudo*, por J. R.—**TRIBUNA DEL OBRERO:** *Sectarios y no sectarios*, por Antonio Apolo.—*De la igualdad*, por D. Espinosa.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL TERCER ARTÍCULO)

«Para Aristóteles, la materia del conocimiento es la sensación. Conocemos las cosas cuando hieren nuestros sentidos.»

El principio es hermosamente materialista.

Habla el maestro de Alejandro: «Hay dos clases de conocimiento: el científico y el experimental. Entiende por conocimiento, científico aquel que se adquiere por medio de demostraciones, y por experimental, el que podríamos llamar conocimiento de la práctica ó de la experiencia.»

«El conocimiento puede ser particular, cuando el objeto interesa únicamente á nosotros y lo apreciamos por medio de los sentidos corporales; general, cuando el objeto del conocimiento es un principio abstracto, como la virtud, el espacio, etcétera, cuyo conocimiento se adquiere por medio del sentido común, que no reside en ningún órgano, según Aristóteles.»

«Los principios tienen existencia propia y no necesitan más que de nuestro cuerpo para manifestarse; somos como el acicate de la experiencia.»

«Hay dos clases de principios: unos especiales, aplicables á una sola ciencia, y otros generales, que se pueden aplicar á todas las ciencias.»

«Las ideas no existen separadamente de las cosas; son un producto de nuestro conocimiento y de lo que nos rodea.»

Sinceramente creemos que esto no lo había dicho nadie antes de Aristóteles.

«El entendimiento es el resultado de una conjunción del conocimiento y del experimento; es decir, de lo que conocemos mediante las sensaciones, y de lo que conocemos mediante la práctica de la vida.»

«El entendimiento es activo y pasivo. Activo, porque razona; pasivo, porque para razonar necesita del conocimiento y del experimento.»

«Las virtudes sociales se dividen en prácticas y teóricas. La fortaleza, la templanza

la magnificencia, la liberalidad, la benignidad, la modestia, la magnanimidad, la integridad, la vergüenza y la justicia, constituyen las virtudes sociales prácticas; las teóricas se forman de la ciencia, el arte, la paciencia, la inteligencia y la sabiduría.»

«El hombre es un animal social. Aislado no puede alcanzar la felicidad ni practicar la virtud.»

«El Estado es de orden superior á la familia y al individuo, que son parte accidental del todo social. El objetivo del Estado es hacer buenos ciudadanos con la ayuda de la ley y del castigo. Así la virtud es generalmente posible. La base del Estado es la justicia, la cual recompensa á los hombres según sus méritos y mantiene la igualdad en los contratos. El Estado debe garantizar la libertad y la propiedad de los ciudadanos. Para cumplir su misión el Estado necesita del gobierno, que puede ser monárquico, cuando el que gobierna es uno; aristocrático, cuando los que gobiernan son varios y los mejores, y democrático cuando son todos los ciudadanos. Estas formas de gobierno tienen una degeneración que se llama tiranía en el primer caso; olocracia en el segundo y demagogia en el tercero.»

Aristóteles no sabe con qué forma de gobierno quedarse; dice que ha de ser elegida según los casos, y que la mejor es la que haga imperar la justicia, gobierne uno ó varios individuos. La solución del filósofo es cómoda. ¿Cuál es el mejor gobierno? Y Aristóteles contesta: El que haga imperar la justicia. A nada compromete la respuesta.

«La esclavitud, según Aristóteles, es un derecho natural.»

Ya ven los lectores á lo que se da nombre de derecho. Nuestro filósofo entiende que hay hombres que nacen para esclavos, y llega á decir que no tan sólo los esclavos, si no hasta algunos individuos que no lo son, tienen un alma inferior á la de sus semejantes. No olvidemos que se habla de un pensador que vivió dos mil trescientos años atrás y en cuya época el hombre formaba parte del patrimonio de otro y que esta aberración databa de los primeros siglos de la historia humana, habiendo adquirido carta de naturaleza en las costumbres de miles y miles de generaciones que habían hecho de las guerras de conquista el único medio de vida. Así como en nuestros días hay hombres que viven de la caza, entonces había pueblos que vivían de la guerra y que vendían después las cosas y las personas *adquiridas con su trabajo*.

«La belleza por sí sola nada es para Aristóteles. Las cosas no son buenas por ser bellas, sino que son bellas por ser buenas.»

En términos modernos, diríamos que Aristóteles no era partidario del arte por el arte, como no lo es ningún filósofo y lo son casi todos los artistas. Platón se inclinaba más hacia el esteticismo. Para éste, belleza y bondad eran una misma cosa. Según el temperamento del individuo, piensa en arte. El pensador antepone la bondad á la belleza; el artista la belleza á la bondad. En la armonía de estos dos términos consiste el arte, encarnado con toda su sublimidad en los artistas pensadores ó en los pensadores artistas. El pensador prefiere el fondo á la forma, el artista la forma al fondo; el pensador artista procura armonizar la forma con el fondo, en él está el arte verdadero. El pensador *no puede* escribir galanamente, y por eso no da valor al modo de expresar las cosas; el artista *no puede* concebir problemas transcendentales, y por eso quita importancia á las tesis. El que pudiera pensar hondo y escribir admirablemente sus pensamientos, éste sería el artista completo.

«El arte para Aristóteles consiste en saber imitar á la Naturaleza; en ella está lo verdaderamente bueno y lo verdaderamente bello.»

Todas las soluciones de este pensador tienen la misma marca naturalista y positivista. Era un gran hombre. Nos complacemos y gozamos en creer que hoy sería de los nuestros.

Habla Aristóteles de nuevo.

«El principio de la vida, así física como espiritualmente, es el alma, que es un *cuerpo* que tiene vida en potencia. Hay varias clases de almas: las que corresponden á las plantas, vegetativas; las que corresponden á los animales inferiores, sensitivas, y las propias de los hombres, racionales. La del hombre es racional, sensitiva y vegetativa porque es la suma de las demás (un camino que conduce directamente á la evolución de las especies); la de los otros animales es sensitiva y vegetativa y la de las plantas es vegetativa únicamente. Nuestra alma conoce, mediante cinco sentidos que saca de la materia, la especie sensible que se une en un sentido interior, centro de toda clase de sensaciones.»

«El entendimiento humano es pasivo, una tabla donde los sentidos escriben, y es activo, porque saca deducciones de lo que los sentidos perciben. El primero padece todos los trastornos del organismo y perece con él; el segundo es inmortal.»

«El entendimiento pasivo descubre los hechos sin calificarlos; el activo los conoce y califica; y es teórico cuando siente y práctico cuando obra.»

«Del afán por conocer la verdad y del entendimiento práctico surge la voluntad que se acerca á lo que le agrada y que se separa de lo que le disgusta.»

«El bien del hombre es la felicidad y la virtud. El bien exterior es un medio para alcanzar el bien interior. Un impulso natural llama al hombre hacia el bien. Más tarde la bondad natural se convierte en virtud moral. El elemento material de ambas virtudes son los apetitos; el moral, la razón.»

«La virtud es práctica; llegamos á ella por medio del ejercicio, á consecuencia de realizar el bien. En moral lo que es bastante para un hombre no lo es para otro. El hombre y la mujer no tienen igual virtud.»

Medítense bien estas conclusiones; son de un positivismo admirable. Para Aristóteles la virtud y el bien, son sociales, se adquieren con el ejercicio, de la misma manera que se adquieren los hábitos para ejercer con provecho una profesión. En estas ideas nada tiene que ver el espiritualismo, puesto que los atributos espirituales no pueden ejercitarse ni perfeccionarse con el ejercicio. El espíritu, como cosa inmaterial, inaccesible á toda mudanza, ha de ser perfecto siempre ó siempre imperfecto, teoría esa inadmisibile para todas las escuelas espiritualistas.

Continúa hablando Aristóteles.

«La Naturaleza no es inconsciente; persigue un fin en cada una de sus manifestaciones, y este fin es inalterable; el hombre nada podrá contra el objetivo de la Naturaleza. La materia es su sujeto, como el hombre lo es del Estado. Aquella puede recibir todas las formas, porque no tiene una forma especial. La materia ni engendra ni se corrompe. Todas las cosas están en ella: de la materia se forman, toman forma al nacer y á ella vuelven, se deforman al morir. Estos diferentes estados de la materia constituyen la forma en acción actuante, la fuerza motriz de la Naturaleza.»

«El presente es un principio del futuro y del pasado; los tres constituyen el tiempo. Este tiene pasado y futuro, luego tiene movimiento; es eterno. La eternidad tiene objeto, el tiempo; tiene espacio, el mundo; en él hay cosas mudables y cosas imperecederas; éstas, el cielo de forma esférica, la materia eterna; aquéllas, el hombre, las plantas, etc.»

«La base de la filosofía es la ciencia del ser como ser. Éste puede ser por sí y por accidente. Del ser accidental no cabe conocimiento alguno, puesto que sólo existe de nombre, en potencia; el acto de constituirse es la forma substancial. Por eso la forma y la materia son idénticas y las cosas se forman de su unión. La materia es lo que es y la forma lo que puede ser; lo posible, la materia; lo actual, la forma. Posibilidad de tomar cualquier estado, materia; forma, un estado actual en acción.»

«Nada eterno existe en estado, en potencia; porque lo que tiene forma puede dejar de tenerla; luego el movimiento que es eterno, no puede estar en potencia, no puede tener forma.»

«El movimiento es una actualidad, un acto imperfecto que da idea de la actualidad perfecta eterna, el acto en su pureza, Dios. Ni los números ni la idea pueden ser substancia eterna, porque los números participan de las cosas y éstas son mudables, y porque las ideas son el conocimiento corporal de las cosas.»

«La substancia eterna no puede estar compuesta de elementos, porque, en este caso, tendría que estar en potencia, en forma, en acto, lo que implica contradicción, porque habría necesidad de concebir una existencia anterior á ellos, que impondría la idea de una nueva y anterior existencia, mientras que, si suponemos eterno el movimiento, concebimos el principio eterno, el «motor inmóvil.»

Este es el filósofo.

En vano se ha tratado de unir las ideas de Platón con las de Aristóteles.

Mejor obraron aquellos cristianos que en París convirtieron en cenizas la Metafísica de Aristóteles por orden de los obispos católicos, que los que han pretendido hacer de toda la filosofía griega una sola orientación filosófica, sin otro objetivo que poner el pensamiento al servicio de la divinidad.

Aristóteles ha tenido la doble desgracia de caer en manos de pensadores espiritualistas y de haber sido juzgado por generaciones intelectualmente incapacitadas para apreciar el valor intrínseco de la filosofía aristotélica, á la que convirtieron en una metafísica más.

Aun los pensadores más radicales, como, por ejemplo, Porfirio, Averroes y Hegel, que comentaron á Aristóteles é hicieron suyas algunas de las proposiciones sentadas por el autor de *La filosofía de las cosas humanas*, no dedujeron de los pensamientos de Aristóteles todas las consecuencias materialistas que encierran. Largos siglos de atavismo espiritualista encadenan los cerebros de aquellos que tratan de estudiar los pensamientos del discípulo más aventajado que Platón tuvo. Si esto se puede decir de los comentaristas de buena fe que han tenido los libros de Aristóteles, ¿qué se dirá de los que los han estudiado con el propósito de alterar su sentido?

Los teólogos de todas las religiones y las sociedades cristianas, particularmente, han adulterado el materialismo del gran pensador griego, cuando no han sido lo suficiente francos para combatirlo, condenarlo y perseguirlo. O se ha intentado cortar la rama más robusta de la filosofía helénica, ó se ha pretendido injertarla por contagio con la rama espiritualista que representa Platón.

No ha habido un verdadero crítico de filosofía con la imparcialidad y el valor suficiente para decir que, en el terreno intelectual, Platón representa la parte opuesta á Aristóteles, y que éste es el enemigo más formidable que han tenido todas las escuelas espiritualistas. Aunque la filosofía se ha dividido con ellos por espacio de algunos siglos, no han faltado cerebros poderosos, en el arte de engañar á las humanidades, que han tratado de unirlos con algún provecho.

Para nosotros Platón y Aristóteles representan las dos tendencias que existen en la filosofía desde que el hombre se dió en pensar en el origen de las cosas. El neoplatonismo, la exageración de una de estas dos tendencias, engendró la escolástica y el misticismo, dos fuerzas intelectuales que se pierden para la filosofía. El racionalismo espiritualista, representa la evolución de las ideas platónicas transportadas hasta nuestros días por los pensadores de la revolución filosófica. La degeneración ó la exageración en sentido espiritualista de las ideas aristotélicas se halla representada por aquellos pensadores que pretendieron hacer una obra uniforme de filosofía, interpretando á Platón en sentido materialista y á Aristóteles en sentido espiritualista. La degeneración de la idea aristotélica se encuentra en la evolución del platonismo, esto es, en nuestros racionalistas espiritualistas. La evolución del pensamiento aristotélico ha de verse en los ácratas, ateos y naturalistas.

Con este criterio estudiaremos la filosofía al penetrar en España, que lo hace con la mezcla intelectual más indefinida y extravagante que darse puede y que necesita una inteligencia más versada que la nuestra en estos estudios para salir en bien de semejante empresa.

Tenga en cuenta el lector, sin embargo, que para nosotros, con Platón se deja en pie el sistema filosófico que conocemos en general con el nombre de espiritualismo, y que con Aristóteles se levanta el edificio intelectual que conocemos con el nombre de materialismo. Que la degeneración del primero se sale del terreno filosófico (escolasticismo, misticismo, etc.); que su evolución se une con la degeneración del aristotelismo y que la evolución de este último tiene por nombre, en nuestros días, naturalismo ácrata y ateo.

FEDERICO URALES.

(Continuará.)

LA ANARQUIA

SU FIN Y SUS MEDIOS

XIX

LOS SINDICATOS, LA COOPERACIÓN Y LA PROPAGANDA ANARQUISTA

Cambio en el modo de pensar de los anarquistas.—Doble error.—Las cooperativas.—Adaptación de los sindicatos á sus necesidades.—La multitud no ve sino los hechos presentes.—Nada de supercherías.—Necesidad de que se aislen los anarquistas.—Inconvenientes.—Facilidad de hacerse político.—Astutos de reunión.—Torpezas.—Ardidés que deben adquirirse.—Los resultados de nuestra propaganda están lejanos.—Debemos convertir á los individuos, no á los grupos.—La defensa de los salarios es legítima en el estado actual.—Los anarquistas deben hacerse conocer por los trabajadores.

También en los procedimientos de los anarquistas se ha efectuado un cambio en favor de los sindicatos. El hastío de las discusiones teóricas y la necesidad de hacer algo determina una nueva orientación en los grupos corporativos que, empezando por repudiar á la política, entran de lleno en el terreno económico, donde buscan los medios de emanciparse.

Pero como todas las reacciones que se operan al final de un cambio de ideas suelen «pasar el justo medio», el entusiasmo de los nuevos sindicalistas y cooperadores anarquistas les ciega y no ven otro medio práctico que el sindicato y la cooperación.

Según ellos, los anarquistas debieran consagrarse enteramente á organizar grupos de esta índole, concretar todas sus aspiraciones y encauzar todas sus energías, de modo que el ideal se convirtiera para ellos en una cosa lejana pero anhelada, en una bandera que, como todas las banderas, no tendría con el tiempo otro valor que el de un símbolo cualquiera.

De otro lado, hay quien continúa no viendo en esos grupos más que instrumentos reaccionarios y aseguran que sería perder el tiempo dedicarse á tales tareas, no queriendo ni siquiera oír hablar del ingreso en los sindicatos.

Nosotros creemos que unos y otros se engañan, porque se puede trabajar en todas partes, sólo que es preciso no dejarse arrastrar por la corriente. Cuando se sabe hacer, en todas partes se puede propagar y entendemos que puesto que nuestras ideas deben inculcarse á los trabajadores, en ningún sitio mejor que en sus organizaciones puede hacerse con provecho esta tarea.

*
* *

Respecto á las cooperativas no diremos mucho, puesto que en ellas es donde menos trabajo de propaganda puede hacerse, sobre todo en las de producción, que por cierto cuentan con escaso número de defensores.

Para hacer algo práctico deben disponer de capital, y aun así, no pueden mantenerse sino explotando, lo cual no es, ni con mucho, un buen procedimiento para llegar al comunismo y la solidaridad. Los grupos en los que algunos compañeros ensayan la vida comunista, son, en el movimiento anarquista, la continuación de las cooperativas, pero en éstos la producción está en relación con el consumo.

En las cooperativas de consumo creo que los amigos no harían ningún mal formando parte de ellas. En aquellas cuyo funcionamiento es regular, pueden sus miembros, de buenas á primeras, como suele decirse, hallar los artículos de consumo mejores y más baratos, lo cual no es despreciable para los obreros que no confunden este medio con el fin.

Además, frecuentando estos centros y mezclándose en sus discusiones, los compañeros que formaran parte se harían conocer, y con táctica, llegarían á poder emitir sus ideas y hacerse escuchar con provecho.

¿No es á los trabajadores á quienes nos hemos de dirigir? Y puesto que ellos no vienen á nosotros, ¿por qué no ir nosotros á ellos?

Como es natural, las cooperativas de consumo no pueden tampoco obtener éxito sino funcionando *capitalísticamente* y los anarquistas, obrando con lógica, no pueden tomar parte en su fundación.

La actividad de los individuos tiene por límite necesariamente las facultades humanas. Se puede formar parte de grupos diversos porque las aptitudes tienen manifestaciones diferentes; pero siempre una facultad absorbe las demás y se convierte en motor principal de los esfuerzos del individuo, relegando las otras facultades al estado de accesorias.

Las transformaciones sociales no se efectúan de un solo golpe, sino que son el conjunto de una multitud de transformaciones; por lo tanto, no creemos inútil el que haya quien haga ensayos con lo que nosotros suponemos innecesario. Esas tentativas son la confirmación de que nosotros avanzamos.

Sólo á los que no son capaces de llegar á la concepción de una sociedad sin coacciones capitalistas, debemos tolerar el que se ocupen en los términos medios.

*
* *

De los sindicatos decimos lo mismo. Tal como son hoy representan para los trabajadores una fuerza natural y una seria arma de defensa. Si en Francia hubieran sido menos políticos y se hubieran ocupado seriamente de los intereses corporativos, la unión de todas las fuerzas vivas de sus agrupaciones hubiérase vuelto arma poderosa con la que los patronos no podrían jugar.

Sólo que para que los sindicatos produjeran los resultados que esperaban sus fundadores, no podrían ser otra cosa que lo que son. Como la mayoría de los trabajadores creían que un aumento de salario ó una disminución en las horas del trabajo era el *sumum* de las reclamaciones que podían hacer, los sindicatos no podían realizar más que aquellos actos que sus miembros deseaban. De aquí resulta que si bien los anarquistas pueden penetrar en estas agrupaciones, no pueden presidir su fundación ni siquiera su funcionamiento.

La multitud es refractaria á nuestras ideas, y si nosotros le proponemos la fundación de sindicatos, cuya finalidad sea la expropiación capitalista, claro está que se asustaría cuando le hablasen de ellos, como se asusta al oírnos propagar la revolución.

El vulgo va siempre, como los rebaños, adonde cree ver provecho inmediato; sus cálculos no van más allá del presente. La más insignificante mejora, aunque sus efectos sean fugaces, le seducen más que las conquistas durables, si para llegar á ellas es preciso luchar durante mucho tiempo.

Para conquistarse las simpatías de la multitud y hacerle comprender las ideas nuevas, no es necesario irle con supercherías ni complicada diplomacia.

Aunque no creamos que obtener géneros un poco más baratos que en la tienda de al lado ó ganar un real más por día sea un gran salto dado hacia nuestra emancipación definitiva, no podemos los anarquistas decir á las gentes: «Nosotros queremos la completa transformación social; las reformas que os preconizan son anodinas; pero puesto que sois demasiado ignorantes para comprender otra cosa y que lo que nosotros os prometemos no lo puede admitir vuestra impaciencia, vamos á cambiar de procedimientos para atraeros hacia nosotros y en lo sucesivo admitimos esas reformas, que no sirven para nada, como infinidad de veces os hemos demostrado.»

Y si adornamos un poco más el lenguaje con perifollos literarios, la multitud nos entenderá menos, continuará creyendo que las reformas, aunque no valgan nada, son buenas sin embargo y que por la cooperación y el aumento de los salarios, puede llegar á su emancipación.

A los que crean en la eficacia de las reformas y con sincero entusiasmo se dedican á agrupar á los obreros en torno de ellas, dejémosles entusiasmados en su ineficaz tarea y contentémonos con recoger de entre los elementos que ellos organicen los individuos que sean aptos para comprendernos.

*
* *

En cuanto los anarquistas empezaron á manifestarse como tales se hallaron en lucha con todos los partidos. Al empezar á elaborar su programa les fué necesario mantenerse alejados de todo movimiento que no representara absolutamente su ideal con toda su integridad.

Necesitaban adquirir conciencia propia y precisar bien su finalidad para resistir á la fuerza absorbente del movimiento obrero. De aquí la abstención completa de los anarquistas en aquel movimiento. Este alejamiento tuvo enormes inconvenientes, porque representando bajo su verdadero punto de vista el movimiento societario, no pudieron ejercer ninguna acción en las huelgas importantes que se produjeron.

Habiéndose distanciado mucho del movimiento obrero, propiamente dicho, no eran conocidos y los políticos pudieron sin esfuerzo hacerse directores é imponer su acción deprimente, sin que ninguna voz se levantara en contra.

*
* *

Hoy la idea se ha sintetizado y ha tomado cuerpo, desprendiéndose de ella una línea general de conducta, clara y precisa, que determina lo que está conforme con la idea y lo que se aleja de ella. Los anarquistas deben desechar la pretensión de creerse una aristocracia intelectual, porque ella les hace ver, en cuantos no piensan como ellos, una especie de tardígrados, de los que no vale la pena ocuparse. Esto es un mal.

Algunos creen poderse inmiscuir en los sindicatos y tomar las riendas de su organización, halagando sus ideas de reforma con la esperanza de lanzar luego sus huestes por la vía de la revolución. Esta creencia, según nuestro entender, es una manera de hacer política, y se exponen á perder el tiempo ó á asfixiarse por el ambiente.

Para poder hablar con libertad y conseguir propagar con provecho, es ciertamente necesario poner en juego algunos ardidés, buen tacto y mucha tenacidad, pero nunca astucia ni superchería, cuyos resultados, tarde ó temprano, pueden convertirse en armas contra la propia habilidad.

*
* *

El deseo de hacer propaganda abstencionista hace sacudir á algunos anarquistas, en tiempo de elecciones, la apática indolencia con que viven en tiempo ordinario, y se lanzan á reuniones electorales para dirigirse á los trabajadores. Pero estas reuniones, no son ya los obreros los que las frecuentan, sino políticos que se creen ser dueños de los destinos de los demás, porque los candidatos se prosternan ante ellos.

Todos llevan los bolsillos llenos de proyectos, no de reforma social, porque sería bien poco para ellos, sino de política general; sus pretensiones llegan nada menos que hasta querer arreglar los asuntos diplomáticos y las relaciones internacionales.

Discutiendo con *ruciesca* gravedad las majaderías que les hacen tragar los políticos de oficio, se creen ser tan profundos como Metternich, Talleyrand ó Richelieu, y hablan de libertar á otros pueblos sin apercibirse de que ellos mismos gimen bajo el peso de la explotación y la tiranía, sufriendo las imposiciones de una centralización que amenaza con reglamentar hasta los actos más íntimos de su existencia.

El público de las reuniones electorales es seguramente el más desasnabable de cuantos públicos se conocen, mientras que los que se reúnen para luchar contra la explotación, aun cuando no conciban la emancipación total, indican, no obstante, un estado de espíritu que permite ser cultivado con provecho.

Sólo que algunos anarquistas, cuando se afilian á un grupo ó entran en una reunión para hacer propaganda, no obedecen á otra táctica que á su temperamento y sus deseos, creyéndose ya en un ambiente anarquista, y, discutiendo y obrando como si trataran con gentes pensando y discuriendo como ellos, y quieren que los demás acepten inmediatamente sus argumentos y participen de sus opiniones.

De otra parte, cuando en esos grupos se discuten los procedimientos que les son propios, esos mismos anarquistas combaten torpemente con frecuencia las medidas propuestas, haciendo así obstrucción para impedir lo que ellos desaprueban, como si no se tratara más que de ir de un solo salto á la verdad, y que repentinamente se hiciera la luz en todos los cerebros.

Por desgracia, eso no puede ser. Las ideas no penetran tan rápidamente en los cerebros, y casi siempre el celo intempestivo de algunos camaradas les vale un concepto

de embrolladores y enemigos, haciendo repudiable la idea que querían propagar. Y cuando esto sucede por falta de táctica, salen furiosos de esos grupos, afirmando que son ambientes infectos en donde no puede hacerse nada. Pues bien; nosotros opinamos que sí, que se puede hacer mucho, por cierto; se trata sólo de despojarnos de nuestra pretendida superioridad y de nuestras ilusiones, que nos hacen ver las cosas como los gemelos de teatro: alejarse ó aproximarse, según el extremo por donde se mira.

*
* *

En lo que, á nuestro entender, debiera fijarse el anarquista que entra en un sindicato, no es en imponer directamente su acción, sino influir en las concepciones de los que lo componen.

Ante todo es preciso que pase un estado de prueba, contentándose con ver, observar y hacerse útil al grupo, trabajando en las cosas que le parezcan lógicas; así se hará apreciar y conocer por aquellos á quienes desee propagar, aprendiendo al mismo tiempo á conocerlos, lo cual le indicará el modo de conducirse con ellos para que su tarea resulte eficaz.

Una vez hecho este trabajo preliminar, podrá hablar de sus ideas; pero sin hacerse la ilusión de que sean aceptadas de una sola vez y creer que sus discursos van á dar nueva orientación al grupo. Lo que es preciso evitar es convertirse en adversario de la mayoría, creando trabas á la marcha del grupo; esto produce siempre mal efecto.

Será de buen efecto el que cada vez que el grupo intente empeñarse en una lucha, de la que no pueda salir victorioso, contentarse con hacer la crítica de la proposición, dar las razones que le hacen ver de distinto modo que los demás, prever los efectos y consecuencias ulteriores, invitando á aquellos á quienes se dirige á reflexionar sobre lo que van á hacer, y recordarles, cuando los resultados previstos hayan producido sus efectos negativos, que ya estaban prevenidos, y que la novedad no debiera extrañarles.

Es inútil tarea la de querer convencer á las gentes inmediatamente; demasiada insistencia indisponen casi siempre. Es preciso dejar al tiempo, á la experiencia y á la reflexión el trabajo de elaborar las convicciones.

Nuestro solo objetivo debe ser sembrar ideas por todas partes donde pasemos, y determinar el camino que lleve á la humanidad á la sociedad futura. Y esto sólo se consigue influyendo en la modificación progresiva de las concepciones del individuo, y no del grupo, como pretenden los que creen que el mundo marcha á saltos.

*
* *

El programa de los anarquistas debe ser inmaculado. No tomar parte en la comedia política; combatir toda reforma, demostrando con argumentos y razones convincentes que es ineficaz ó impracticable; he ahí el proceder invariable de todo anarquista convencido. Pero cuando se trate de defender los salarios contra la rapacidad capitalista, aun reconociendo que esto no cambiará en nada la organización social, podemos sin compromiso tomar parte en la lucha. Cuando los obreros trabajan para impedir el crecimiento de la miseria, no hay problema social que tenga para él más importancia que la defensa de las conquistas establecidas; van á lo más urgente, visto

que una disminución en los salarios representa una nueva agravación en su estado económico.

Mezclándonos en esta lucha, nuestro solo objeto debe ser aprovechar la ocasión de afirmar nuestras concepciones, explicando á los trabajadores que no nos metemos en sus luchas propias, porque entendemos que en determinados momentos tienen más necesidad de ayuda que de consejos; pero que esto, no obstante nuestra opinión mil veces demostrada, es que nada consiguen definitivamente con un aumento en el salario, puesto que las circunstancias ambientes siendo las mismas, el aumento obtenido no tarda en ser aniquilado.

Es preciso convencerles de que esas luchas, en las que gastan sus energías considerándolas como suprema finalidad, son simplemente las primeras escaramuzas de la gran batalla que habrán de sostener para llegar á su emancipación y bienestar, y que, tanto si lo quieren como si no, la humanidad llegará á una transformación completa del orden social actual, no siendo, por consecuencia, las ventajas que puedan obtener más que simples trabajos para abrir la gran vía que les conducirá á otras más decisivas que ellos no presienten todavía.

«Obtened, debemos decir á los trabajadores, cuanto os sea posible de vuestros explotadores; pero sabed que la eficacia de vuestras conquistas no será durable mientras haya en el mundo propiedad individual y autoridad, y que no seréis libres hasta el día que hayáis suprimido completamente esas dos plagas.»

* * *



Para dirigirse á los obreros con lenguaje conciso y enérgico, y ser escuchados por ellos, es preciso, repetimos, ser conocido y apreciado y haberles hecho comprender que, si tenemos un ideal diferente al suyo, no nos presentamos en sus grupos como enemigos, sino como aliados sinceros y activos. El modo de hacerse apreciar es tomando parte en los grupos corporativos y hacerse útil y necesario en las cosas que acostumbran á los obreros á luchar contra los explotadores fuera de la política, no presentándose nunca como adversario sistemático de sus luchas, aun cuando se embarque en naves de perdición; pues nuestra misión debe limitarse á señalarles el mal horizonte de su rumbo y el resultado negativo de sus esfuerzos. Contentándonos con el papel de la Casandro (1) antigua, afirmando á cada momento que es el estado social en su forma y fondo lo que debe ser destruído, y recordándoles en el momento de la decepción que ya estaba por nosotros previsto, hacemos mucha más labor de lo que parece en beneficio de nuestro ideal.

Desarrollando nuestra táctica con perseverancia y buena intención, se puede hacer mucha propaganda en los sindicatos; no tanta en las asociaciones cooperativas, pero siempre se puede reclutar alguna adhesión. Al mismo tiempo esto nos prepara para tomar parte en los futuros conflictos económicos y mezclarnos con aquellos á quienes deseamos convencer.


JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

(1) Hija de Priamo, rey de Troya, y de Hécuba, que recibió el don de profetizar. Hacemos esta aclaración porque, además de su acepción histórica, tiene otras muchas, cuyo valor no es el mismo, según vemos en el diccionario de D. N. Fernández Cuesta. Y dispensen los lectores.—(N. del T.)



CIENCIA Y ARTE



FISIOLOGÍA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO IV)

EL RECARGO

II

El agotamiento debido al trabajo muscular se deja sentir generalmente sobre el organismo entero: todas las funciones, todos los órganos, parece que experimentan su influjo. El síntoma más llamativo de esta forma de recargo es un estado de languidez general de las funciones, de postración de las fuerzas, un estado de *adinamia*. Pueden observarse en un hombre agotado anemia, neuropatía, perturbaciones digestivas, debilidad muscular, etc.

Algunas veces, las perturbaciones parecen localizarse en ciertos órganos, ó en ciertos sistemas orgánicos, según la forma de trabajo que ha producido el agotamiento y según las condiciones accesorias en que este trabajo se ejecuta en ciertos individuos.

Lo que llama más la atención del observador en el hombre agotado por el trabajo muscular, es la disminución de volumen en los músculos que han trabajado excesivamente. El hombre que se agota por el trabajo, quema su tejido muscular, y así se ve que dos causas opuestas llevan al mismo resultado. El músculo se atrofia por la inacción y se atrofia también por exceso de trabajo, mientras que un trabajo moderado, al que acompañe una alimentación suficiente, aumenta su volumen y su vigor.

El agotamiento puede hacerse sentir sobre diversos órganos internos, y especialmente sobre el corazón. Este, en su cualidad de músculo, debería hipertrofiarse bajo el influjo del trabajo muscular, porque no hay aumento de ejercicio sin aumento de la acción del miocardio. Las más veces, en efecto, el corazón se hipertrofia en el verdadero sentido de la palabra, es decir, se hace más espeso, más pesado, ofrece paredes más resistentes y más capaces de imprimir á la sangre una impulsión vigorosa. Se ha comprobado la hipertrofia *verdadera* ó *concéntrica* del corazón en muchos atletas y gimnastas. Se ha comprobado también en caballos de carrera, particularmente en el célebre caballo *Eclipse*, cuyo corazón alcanzó un peso tres ó cuatro veces mayor que el ordinario. Pero para el corazón, como para los demás músculos, el exceso de ejercicio trae el gasto y degeneración de las fibras, disminuye la resistencia del órgano, y al producir la dilatación de las cavidades, ocasiona un adelgazamiento de sus paredes y una disminución de vigor de sus fibras.

Este estado se observa con frecuencia en los individuos que han abusado de ejercicios capaces de producir el recargo del corazón: la carrera, por ejemplo. Los corredores de profesión, que todavía en Africa hacen trayectos cuyo relato parece increíble, concluyen casi todos por sufrir la dilatación pasiva del corazón, resultado del agotamiento del órgano. Se retiran generalmente hacia la edad de cuarenta años, y ofrecen entonces perturbaciones graves de salud, ocasionadas por afecciones cardíacas.

Algunas veces, el agotamiento manifiesta sobre todo su acción sobre el sistema nervioso central, y el hombre agotado es un neurópata.

El *agotamiento nervioso* es una afección que se ha observado y estudiado con diferentes nombres en todos tiempos; pero de la que, hoy más que nunca, se encuentran ejemplares á cada instante. Es el resultado del recargo intelectual, lo mismo que del recargo físico y también de los excesos del placer, lo que no impide que acompañe además á los grandes disgustos y á las preocupaciones de todas clases. Cuantas causas físicas y morales necesitan el funcionamiento exagerado de los centros nerviosos, pueden acarrear un estado de fatiga análogo al que se observa en los músculos después de funcionar con exceso.

Más adelante demostraremos cómo ciertos ejercicios físicos asocian enérgicamente los centros nerviosos al trabajo muscular. Estos ejercicios, si se practican con exceso, pueden, pues, acarrear la pérdida excesiva de ciertos elementos de la fibra ó de la célula nerviosa. Hay que hacer una verdadera operación intelectual para coordinar, ponderar y medir el juego de los músculos en todos los ejercicios de precisión. Así, el recargo de forma neuropática es más bien resultado de esos ejercicios que del de los trabajos groseros, que no exigen más que el empleo maquinal de la fuerza física. De aquí la superioridad de los movimientos que no piden ninguna aplicación, ningún aprendizaje, cuando se trata de individuos cuyos centros nerviosos están ya recargados por el trabajo intelectual.

Cualquiera que sea el ejercicio practicado, puede conducir, sin embargo, á tal agotamiento, porque la substancia nerviosa se ve obligada á entrar en juego para excitar las contracciones del elemento muscular, y en el caso en que el cerebro no es requerido para provocar los movimientos, en los actos automáticos, por ejemplo, es la médula espinal la que funciona y la que puede resentirse, en caso de exceso de trabajo, de los efectos del agotamiento. Por esto se ha señalado la coincidencia de la epilepsia con la fatiga de las grandes marchas, y se han citado muchas observaciones de accidentes de forma convulsiva que han sobrevenido después de haber recorrido á pie largos trayectos en poco tiempo.

El agotamiento nervioso puede determinarse de una manera más indirecta por el hecho del recargo. El exceso de trabajo puede acarrear un empobrecimiento en la sangre, un estado de anemia que, alcanzando á todo el organismo, puede hacer sentir más especialmente sus efectos sobre los centros nerviosos en los individuos predispuestos.

Los médicos alienistas han señalado, desde hace mucho tiempo, el agotamiento y la anemia de los centros nerviosos como causa frecuente de ciertas formas de locura melancólica. Por mi parte he podido comprobar que el recargo físico, empobreciendo la constitución, lleva frecuentemente á ciertas perturbaciones muy notables de las funciones cerebrales.

Durante una práctica médica de once años en un distrito rural, me ha llamado la atención el número considerable de casos de enajenación mental, observados por series en ciertas épocas del año y, sobre todo, el hecho de que los enfermos presentaban todos el tipo de la locura melancólica. En general estos enfermos se curaban bastante pronto, disipándose su perturbación mental en dos ó tres meses, sin que hubiera que recurrir á llevarlos al manicomio. Después de haber estado mucho tiempo sin ver en estos casos tan numerosos otra cosa que series, por simples coincidencias, concluí por comprender cuál era el lazo que las unía. Eran todos casos de agotamiento nervioso por fatiga física exagerada.

El comienzo del otoño era siempre el momento en que observaba estos casos de locura pasajera, justamente la época en que se terminan los grandes trabajos de la recolección.

Para el que conoce la vida del campesino, la época de la recolección quiere decir período de recargo. En las demás épocas la gente de campo no hace un gran gasto de fuerza muscular. Siempre están haciendo algo, siempre expuestos al mal tiempo, siempre ocupados en trabajos que les obligan al aire libre y les habitúan á la intemperie; pero en ocupaciones que no exigen ni velocidad ni grandes esfuerzos musculares. A partir de fines de Junio, por el contrario, empieza un período de tres meses, durante el cual el campesino siega, trilla, se apresura por miedo á lluvias, levanta á fuerza de brazos los pesados haces de la mies ó los enormes montones de heno. Hace entonces una verdadera gimnasia, complicada con sudores copiosos, porque se hace bajo un sol abrasador. No repara sus fuerzas con el sueño, porque se levanta de madrugada; tiene mala cama, está devorado por parásitos de toda especie, y además, mal alimentado. En lugar de comidas substanciosas todos los días, el campesino se contenta con *tomar un bocado*, de vez en cuando, con un poco de vino, y reserva todos sus recursos para dos ó tres grandes comilonas en común, en las que se atraca hasta la indigestión.

Exceso de trabajo, transpiración excesiva, insuficiencia de sueño y de alimentación; tales son los influjos á que está sometido el campesino todos los veranos. De estas fatigas no resultan habitualmente los accidentes febriles que hemos señalado en los individuos que abusan del trabajo sin preparación previa, porque los campesinos, que trabajan continuamente, están siempre preparados. La recolección, que les recarga, no produce en ellos esa intoxicación por los residuos que se observa en otros individuos al pasar de la inacción al trabajo forzado. El campesino, desecado por el trabajo diario y por una alimentación insuficiente, no tiene la menor partícula de esos tejidos de lujo que se llaman tejidos de reserva. Así, en él la fatiga se traduce, no por un envenenamiento del organismo, ni por fiebres infecciosas de forma tifoidea, sino por un estado de agotamiento que presenta diferentes tintes, y en el que las formas nerviosas ocupan gran lugar.

A causa de un error muy acreditado, se dice generalmente que los trabajos del campo ponen al campesino al abrigo de las perturbaciones nerviosas, tan comunes en la ciudad. La opinión pública sigue en este punto con las ideas de J. J. Rousseau y otros higienistas de intuición, que pretendían que, con el ejercicio al aire libre y las *costumbres puras*, no hay enfermedad posible. Basta abrir los ojos para asegurarse que esas ideas preconcebidas están lejos de conformarse con los hechos.

Las mujeres del campo son individuos inapreciables para estudiar el agotamiento. Como los hombres, trabajan ellas también, transpiran, duermen mal y están mal alimentadas. Además, tienen el cuidado y la lactancia de sus hijos, por lo común muy numerosos. La vida de una madre joven en casa de campesinos, es una vida de agotamiento continuo. Las mujeres de las ciudades se equivocarían creyendo tener el monopolio de las enfermedades nerviosas. Hay tantas neuropatas en el campo como en la ciudad; pero las neuropatías rurales tienen generalmente una manifestación poco ruidosa. Esta moderación en los síntomas obedece al simple hecho de que las enfermas no tienen tiempo de lamentarse, y que los que las rodean no lo tienen tampoco para compadecerlas. No sufren menos; pero ponen una sordina á su dolor, por miedo á que su marido se la ponga con la mano. Pero las neuralgias, las gastralgias, los vér-

tigos y las neurosis de todas clases, constituyen el fondo de todas las enfermedades de la campesina agotada por el trabajo. En cuanto al histerismo, si sus manifestaciones completas, en forma de ataques, son más raras que en la ciudad, obedece á causas morales, que hay que señalar de pasada. Para las mujeres de sociedad, «estar nerviosa» es una señal de distinción; «tener crisis» es siempre un medio de interesar vivamente á cuantos las rodean. En el campo, crisis nerviosa es síntoma de ataque de epilepsia.

El saludable terror que se tiene del *mal elegante*, en el campo, es un preservativo poderoso contra los movimientos convulsivos y las contorsiones del ataque de histerismo, en que la parte moral tiene tan gran importancia.

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

(Continuará.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

La navegación aérea.—La máquina volante del conde Zeppelin.—Los globos metálicos.—El aparato de aluminio del conde Buonaccorsi.—El globo de cobre de Dupuis-Delcourt.—Utilización del hidrógeno: producción industrial de este gas.—Los aeroplanos.

En Friedrischshafen, á orillas del lago de Constanza, acaban de verificarse unos experimentos de navegación aérea que se esperaban con impaciencia hace ya bastante tiempo. Es el inventor el conde Zeppelin, sabio wurtembergués, que se halla poseído de grandes esperanzas acerca del éxito de su empresa, confirmadas por los resultados favorables de su primer ensayo.

La máquina volante del conde Zeppelin es de aluminio, «el metal del porvenir», que se dirige á ser el metal del presente. Mide 500 pies de largo por 80 de ancho y 70 de alto; no es cilíndrico; su sección es de forma polígona. El interior del aparato, iluminado por 11 grandes ventanas, está dividido por 17 compartimentos, y en el interior de cada uno se halla un globo lleno de hidrógeno. La fuerza individual ascendente de estos globos basta por sí sola para sostener el aparato en el aire; de modo que en caso de accidente no hay temor de que ocurra una catástrofe.

El inventor asegura que cada una de las partes de que se compone su aparato es perfectamente dirigible, lo que permite disponer de 17 esfuerzos combinados, tendiendo, sea á inclinar el aparato en sentido determinado, sea á imprimirle un movimiento rectilíneo en una dirección fijada de antemano. Añade que ha vencido todas las dificultades contra las cuales se estrellaron sus predecesores. Deseamos vivamente que esas afirmaciones no pequen de optimismo.

No es nueva la idea de emplear los globos metálicos, y los experimentos recién practicados por Zeppelin recuerdan los del conde Buonaccorsi en 1883, bajo los auspicios de la Sociedad de Ingenieros de Austria, que presentó un aparato que tenía la forma de pez y se componía de hojas de aluminio de dimensiones hasta entonces desconocidas y cuyo espesor variaba de nueve décimas á nueve centésimas de milímetro. Por lo demás, el experimento fué satisfactorio desde el punto de vista de la resistencia, pues quedó demostrado que las hojas metálicas, sin ser más pesadas que el tafetán engomado, eran mucho más sólidas.

La máquina volante del conde Buonaccorsi se componía de dos partes esenciales: la envoltura destinada á recibir el gas y el emplazamiento de las máquinas, comprendiendo caldera, motor y propulsores. La armadura que ocupaba la parte central tenía por objeto recibir las máquinas, los aparatos de propulsión y los viajeros y una máquina de vapor de 10 caballos ocupaba la parte inferior del globo.

El aparato de propulsión de Buonaccorsi se componía, como el de Zeppelin, de un sistema de hélices, de los cuales unos producían movimiento vertical y los otros horizontal, debiendo la fuerza ascensional del gas equilibrar el peso total del globo con los aeronautas con la diferencia de unos 100 kilogramos; de modo que los hélices ascensores sólo tendrían que levantar ese exceso de peso.

En aquella época en todos los centros científicos se fundaban las más lisonjeras esperanzas sobre los resultados definitivos de los experimentos de Buonaccorsi. ¿Seremos más afortunados en la actualidad?

No se crea que el aparato que acabamos de describir, aunque de fecha de 1883, sea el primer ensayo de la introducción del metal en la construcción de aerostatos; ya en 1844 un sabio francés, Dupuis-Delcourt, construyó un globo de cobre. Este eminente aeronauta, que dejó notables escritos sobre su arte, llegó á encontrar hojas de cobre suficientemente delgadas para que el globo construido con ellas, merced á sus grandes dimensiones, tuviese cierta potencia de ascensión. Desgraciadamente el éxito de los experimentos fué mediano y acabó por venderse el globo al precio de cobre viejo, sin reparo al desconsuelo del desgraciado inventor.

Sabido es que existe una gran rivalidad entre la aerostación y el vuelo, es decir, entre los globos y las máquinas sin gas. Por lo que precede se ve que hay numerosos partidarios del procedimiento mixto: la máquina volante provista de globos.

El gas que resulta indicado para estos últimos es, gracias á su ligereza, el hidrógeno, á pesar de sus propiedades osmósicas, las cuales á la larga se convierten en un peligro, puesto que suponen un cambio más ó menos considerable de hidrógeno y de aire á través de cualquier pared por impenetrable que sea. Se necesita, pues, no sólo emplear envolturas todo lo refractarias posibles al paso de la corriente gaseosa, sino también poseer el medio de obtener hidrógeno con facilidad, empleando materias primeras que el aeronauta pueda tener al alcance de su mano.

Este problema fué resuelto hace ya algunos años por un Ingeniero de París, Teófilo Foucault, inventor de un aparato denominado gasógeno, que puede producir el hidrógeno no iluminante por la descomposición del agua y del hidrógeno iluminante y por la de los hidrocarburos líquidos. Como el hidrógeno no iluminante es lo que necesita el aeronauta, la materia de que se trata es el agua.

El aparato de M. Foucault es automático y funciona sin mano de obra ni vigilancia. Los gases obtenidos no contienen el deletéreo óxido de carbono y su precio de coste es muy reducido. A consecuencia de la regularidad de las operaciones, la producción del hidrógeno se efectúa de una manera continua, lo que da un beneficio mayor por peso igual de materias primeras y una reducción considerable en el consumo de combustible.

El hidrógeno extraído del agua por el procedimiento de Foucault puede servir para la calefacción en las operaciones de laboratorio, para la producción de fuerza mecánica y, sobre todo, para la ascensión de los aerostatos. Puede aplicarse también al alumbrado por incandescencia de cuerpos refractarios, especialmente del platino y de la magnesia.

Paralelamente á los procedimientos de navegación aérea de que acabamos de hacer mención no hay que olvidar los aeroplanos, cuyos resultados, aunque modestos, son los únicos positivos hasta hoy, á menos que el conde Zeppelin nos salga al fin con una agradable sorpresa. Recordemos los hermosos experimentos de Maxim; los de Langley, que llegó á que recorriera un kilómetro un aeroplano; de vuelo á vela de Lilicuthal en que el infortunado sabio perdió la vida, y por último los de Richet y Tatin, que hicieron recorrer 200 metros á un aparato de 33 kilogramos de peso á la velocidad de 18 metros por segundo, hallándose comprendido en ese peso el de las cavidades necesarias de agua y carbón para una carrera de 5.000 metros, siendo la potencia de la máquina de vapor de 100 kilográmetros.

El aeroplano Richet-Tatin estaba provisto de dos hélices: uno delante y el otro detrás del cuerpo principal en sentido inverso. El cuerpo del aparato era una construcción de madera ligera cubierta de seda á fin de evitar en lo posible toda resistencia inútil en la traslación aérea. Las alas, de 12 metros cuadrados de superficie, son también de seda tirante y sostenida por un enrejado de alambre de acero, lo mismo que la cola del aparato, que tiene una misión principal en su dirección.

Por modestos que sean los resultados obtenidos hasta el presente por los aeroplanos, estos interesantes aparatos ocupan un puesto de honor en la historia de la futura navegación aérea.

TARRIDA DEL MÁRMOL

PARIS

(Continuación.)

—Mi hombre no es malo; pero ha sufrido demasiados disgustos en su existencia, y por esto tiene algo de uraño. Lo mismo diré de ese joven que usted acaba de ver, Víctor Mathis; he aquí otro que no es feliz, aunque muy bien educado, muy instruido, y cuya madre, viuda, no tiene más que lo preciso para vivir. Así se comprende que este pensamiento les haga perder la cabeza, y que hablen de hacer saltar á todo el mundo. En cuanto á mí, no son esas mis ideas; pero les perdono ¡oh! y de muy buena gana.

Confuso é interesado por todo lo que veía, desconocido y espantoso, á su alrededor, Pedro no se apresuró á escribir las señas, y quiso escuchar, excitando las confidencias.

—¡Si usted supiera, señor abate, que ese pobre Salvat, niño abandonado, sin padre ni madre, ha corrido los caminos, haciendo todos los oficios para vivir! Después llegó á ser mecánico, muy buen obrero, muy diestro y trabajador, se lo aseguro á usted; pero tenía ya sus ideas, disputaba y quería embaucar á sus compañeros; de modo que no podía permanecer en ninguna parte. Por último, á los treinta años cometió la necedad de marchar á América con un inventor que le explotó allí; de tal modo, que al cabo de seis regresó enfermo y sin un cuarto... Debo añadir que se había casado con mi hermana segunda, Leonia, la cual murió antes de su salida para América, dejándole la pequeña Celina, de un año de edad. Yo estaba entonces con mi marido, Teodoro Labitte, albañil; y sin exagerar puedo decir que aunque me gastaba los ojos en la costura, me pegaba hasta el punto de dejarme por muerta. Al fin acabó por po-

nerme en la calle, largándose con una joven de veinte años, lo cual me produjo más satisfacción que pesar... Y naturalmente, cuando Salvat volvió y me encontró sola con su pequeña Celina, que me había confiado al marchar, y que me llamaba mamá, convenimos en vivir juntos por la fuerza de las cosas. No nos hemos casado; pero es igual, ¿no es verdad, señor abate?

Sin embargo, la mujer no había dicho esto sin cierta repugnancia, y continuó para demostrar que no dejaba de estar emparentada con personas decentes.

—Yo no he tenido suerte; mas aún me queda una hermana, Hortensia, que casó con un empleado, el señor Chretiennot, y que vive en una bonita casa del boulevard Rochechouart. Eramos tres de una segunda madre, Hortensia, la más joven, Leonia, que ha muerto, y yo, la mayor, que me llamo Paulina... Tengo además, del primer matrimonio, mi hermano, Eugenio Toussaint, el cual cuenta diez años más que yo; es también mecánico, y desde la guerra trabaja en la misma casa, en la fábrica Grandidier, calle del Marcadet, á cien pasos de aquí. Por desgracia ha sufrido un ataque últimamente... y yo he perdido casi la vista, abrasándome los ojos en la costura diez horas diarias. Ahora, ni siquiera puedo echar un remiendo sin que se me salten las lágrimas. He buscado familias para servir y no encuentro, pues la mala suerte nos persigue sin cesar. He aquí cómo carecemos de todo; estamos en la más negra miseria, tanto, que con frecuencia pasan dos ó tres días sin comer; esta es la vida del perro que se alimenta á la casualidad de lo que halla; y con estos dos últimos meses de tan rigurosos fríos que nos han helado, algunas veces creímos que no despertaríamos más por la mañana... ¿Qué quiere usted? Yo no he sido nunca feliz; maltratada primero, miserable después, y abandonada ahora en un rincón, ni siquiera sé cómo vivo.

La voz de la mujer comenzaba á ser temblorosa, sus ojos rojizos se humedecían, y Pedro comprendió cuánto habría llorado durante su existencia, aquella buena mujer sin voluntad, como borrada ya de la lista de los vivientes, unida en matrimonio sin amor, y á la casualidad de los acontecimientos.

—¡Oh! no me quejo de Salvat—continuó—; es un buen hombre, que tan sólo sueña en la felicidad de todos; no bebe, y trabaja cuando puede... pero seguramente trabajaría más si no se ocupase de política. No se puede discutir con los compañeros, ir á las reuniones y estar en el taller; y en esto es evidente que incurre en falta, lo cual no impide que tenga motivos para quejarse. Apenas se puede imaginar semejante insistencia de la desgracia; todo ha caído á su alrededor, todo le ha anonadado. Hasta un santo se habría vuelto loco, y se comprende que un pobre, siempre víctima de su mala suerte, acabe por volverse furioso... Desde hace dos meses no ha encontrado más que un hombre de buen corazón, un sabio que vive allá en el cerrillo, el Sr. Guillermo Froment, que le proporcionó algún trabajo, y á veces con que obtener un plato de sopa.

Muy sorprendido de oír pronunciar el nombre de su hermano, Pedro quiso hacer algunas preguntas; pero un sentimiento extraño, y el temor de ser indiscreto, le indujo á callarse. Miró á Celina, que había escuchado en pie delante de él, muda y con aire grave; y la madre Teodora, al verle sonreír á la niña, hizo una última reflexión.

—¡Mire usted!—dijo—, la idea de esta niña es lo que pone á Salvat fuera de sí; la adora, y mataría á todo el mundo cuando la ve acostarse sin cenar. ¡Es tan bonita, y aprendía tanto en la escuela comunall! Ahora no tiene ni siquiera camisa para ir.

Pedro, que al fin había escrito sus señas, deslizó una moneda de cinco francos en

la mano de la niña, y deseando evitar las manifestaciones de agradecimiento, apresuróse á decir:

—Sabrá usted donde encontrarme si me necesita para Laveuve; pero voy á ocuparme de su asunto esta tarde, y espero que hoy mismo vendrán á buscarle.

La madre Teodora no escuchaba, y confundíase en bendiciones; mientras que Celine, poseída de asombro al ver la moneda en su mano, murmuraba: .

—¡Oh! ese pobre papá que ha ido en busca de cuartos. Si corriese tras él para decirle que por hoy tenemos lo necesario...

Y el sacerdote, en el pasadizo, oyó á la mujer contestar:

—Ya está lejos, si no se ha detenido. Tal vez volverá.

Cuando Pedro se escapaba de la espantosa y triste casa, zumbándole los oídos, y con el corazón lleno de melancolía, vió de nuevo con asombro á Salvat y á Víctor Mathis, detenidos y de pie en un ángulo del inmundo patio, que exhalaba emanaciones pestilentes de cloaca. Habían bajado para continuar allí la conversación interrumpida, y hablaban de nuevo en voz baja y muy deprisa, tocándose casi sus caras, con una violencia que hacía brillar sus ojos. Pero oyeron el rumor de los pasos, reconociendo al abate, y de pronto, fríos y serenos, sin añadir más palabra, cambiaron un apretón de manos. Víctor remontó hacia Montmartre; Salvat vaciló con el aire de un hombre que consulta el destino; y después, andando á la casualidad, y enderezando su flaco cuerpo de trabajador cansado y hambriento, dió vuelta á la calle de Marcadet y dirigióse á París con un saco de útiles debajo del brazo.

Durante un momento, el abate tuvo intenciones de correr detrás y gritarle que su niña le llamaba, pero apoderóse de él otra vez el malestar de antes, el temor de ser indiscreto, y la vaga certidumbre de que nada detendría el destino. Al encontrarse en medio de la niebla de la calle, se sintió poseído de su fiebre, de la llama de caridad que el espectáculo de tan espantosas miserias acababa de encender en él de nuevo. ¡No, no, era demasiado sufrimiento, quería luchar aún, salvar á Laveuve, proporcionar un poco de alegría á tanta pobre gentel! Comenzaba la nueva prueba con aquel París que había visto tan velado de brumas, tan misterioso y tan alarmante, bajo la amenaza de la inevitable justicia? Y pensaba en un gran sol de salud y fecundidad, que convirtiese aquella ciudad inmensa en campo fértil donde crecería el mundo mejor de mañana.

II

Aquella mañana, como casi todos los días, se daba un almuerzo íntimo en casa de los Duvillard, á varios amigos que se convidaban á sí propios con mucha más frecuencia de la que eran convidados; y en el día glacial del deshielo y de la bruma, el gran palacio de la calle de Godot-de-Mauroy, cerca del boulevard de la Magdalena, estaba adornado de las más raras flores, verdadera pasión de la baronesa, que convertía las grandes habitaciones suntuosas, llenas de maravillas, en tibios y odoríferos invernaderos, donde el día triste de París transformábase en una caricia de infinita dulzura.

Las espaciosas habitaciones de recepción se hallaban en el piso bajo, sobre el vasto patio, precedidas de un pequeño jardín de invierno que servía de vestíbulo con puertas vidrieras, donde dos lacayos, con librea verde y oro, permanecían constantemente. Una célebre galería de cuadros, evaluada en millones, ocupaba todo el lado Norte; y la escalera de honor, de una riqueza igualmente famosa, conducía á la habitación donde solía estar la familia, así como á un gran salón rojo, otro más pequeño, azul y

plata, un despacho con las paredes revestidas de cueros antiguos, y un comedor con tapices de color verde pálido, amueblado á la inglesa, sin contar las alcobas y los gabinetes de tocador. El palacio construido en tiempo de Luis XIV, conservaba toda su grandiosidad de nobleza, como destinado para complacer el gusto de la clase media triunfante que reinaba hacía un siglo por la nueva omnipotencia del dinero.

Acababan de dar las doce del día, y contra su costumbre, el barón Duvillard se encontró el primero en el saloncito azul y plata. Era hombre de sesenta años, alto y robusto, con nariz gruesa, como las mejillas; boca grande, carnosa; y dientes de lobo, que se conservaban bien; mas había quedado calvo muy pronto, se teñía el escaso cabello y afeitábase del todo desde que su barba blanqueaba. Sus ojos grises revelaban audacia, su manera de reir, el espíritu conquistador, y todo su rostro la majestad del amo sin escrúpulo, que usaba y abusaba del poder usurpado y conservado por su casta.

Después de dar algunos pasos, detúvose delante de una maravillosa canastilla llena de orquídeas, cerca de la ventana. Sobre la chimenea y en la mesa veíanse ramos de violetas que embalsamaban la atmósfera; y fué á sentarse en uno de los sillones de seda azul bordada de plata, casi adormecido por aquel perfume y el profundo silencio que allí reinaba. Había sacado un diario de su bolsillo, y comenzó á leer un artículo; mientras que todo el palacio, en torno suyo, evocaba la idea de su inmensa fortuna, su poder, soberano ya, y toda la historia del siglo, que le había hecho dueño de todo. Su abuelo, Jerónimo Duvillard, hijo de un pobre abogado del Poitou, había llegado á París como escribiente de notario, en 1788, á la edad de dieciocho años; y muy adusto, inteligente y hambriento, había ganado los tres primeros millones, primeramente en el agio sobre los bienes nacionales, y después como proveedor de los ejércitos imperiales. Su padre, Gregorio Duvillard, hijo de Jerónimo, nacido en 1805, el verdadero gran hombre de la familia, aquel que había reinado primero en la calle de Godot de-Manroy, después que el rey Luis Felipe le hubo concedido el título de barón, era reconocido como el héroe de los hacendistas modernos por sus escandalosas ganancias bajo la monarquía de Julio y durante el segundo imperio, en todos los robos célebres de las especulaciones, las minas, los caminos de hierro y el canal de Suez. Y él, Enrique, nacido en 1836, no había comenzado á tomar seriamente parte en los negocios hasta los treinta y cinco años, al día siguiente de la guerra, al morir el barón Gregorio; pero tal era su ansia y afán, que en un cuarto de siglo dobló la fortuna. Era el corruptor, el devorador que engullía todo lo que tocaba, y también el tentador, el comprador de las conciencias que se venden, habiendo comprendido bien los nuevos tiempos ante la democracia, á su vez hambrienta é impaciente. Inferior á su padre y á su abuelo, tachado de ser más amante del lucro que de los placeres, era, sin embargo, un hombre terrible, un triunfador que negociaba sobre seguro, acaparando millones, tratando de igual á igual con los gobiernos y capaz de guardarse en los bolsillos, si no la Francia, por lo menos un ministerio. En un siglo de historia, en tres generaciones, la monarquía se había encarnado en él, amenazaba ya vacilante por la tempestad de mañana. Y la figura, creciendo por momentos, se desbordaba, llegaba á ser la clase media misma, que en la repartición del 89 lo cogió todo, se utilizó de todo á expensas del cuarto Estado, sin querer devolver nada.

El artículo que el barón releía en un diario de cinco céntimos interesábale mucho al parecer. *La Voz del Pueblo* era una hoja de bulla, que bajo el pretexto de defender la justicia y la moral ultrajadas, promovía diariamente un nuevo escándalo con la

esperanza de aumentar su tirada; y aquella mañana ostentábase con grandes caracteres el siguiente título: «Cuestión de los Caminos de hierro africanos; breva de cinco millones; dos ministros vendidos y treinta diputados y senadores en compromiso». Después, en un artículo de odiosa violencia, el redactor jefe, el famoso Sagnier, comunicaba que poseía y publicaría la lista de los treinta y dos parlamentarios cuyos votos había comprado el barón Duvillard en la votación de las Cámaras sobre los Caminos de hierro africanos. Toda una historia novelesca se mezclaba con esto, dándose á conocer las aventuras de cierto Hunter que el barón empleó como agente, y que había huído. Muy sereno, Duvillard analizaba las frases, pesaba cada palabra, y aunque estuviese solo, se encogió de hombros, hablando en alta voz, con la tranquila certidumbre del hombre que está bien á cubierto y es demasiado poderoso para que le inquieten.

—¡Imbécil—exclamó—, aún sabe menos de lo que dice!

Pero precisamente llegaba en aquel momento el primer convidado, joven de treinta y cuatro años apenas, vestido con elegancia, de agraciado físico, moreno, con ojos risueños, nariz fina, barba y cabellos rizados y cierto aire aturdido. Aquella mañana, por excepción, parecía estar nervioso é inquieto.

—¡Ah! ¿Es usted, Duthil?—dijo el barón levantándose—. ¿Ha leído usted?

Y le mostró *La Voz del Pueblo*, que doblaba para guardársela en el bolsillo.

—Sí, he leído. ¡Es insensato!... ¿Cómo es posible que Sagnier haya podido tener la lista de los nombres? ¿Hay, pues, algún traidor?

El barón le miraba tranquilamente, divertido por su secreta angustia. Hijo de un notario de Angulema, casi pobre y muy honrado, y elegido por esta ciudad como diputado en París, muy joven aún, gracias al renombre de su padre, aprovechábase de ello para hacer fiesta. Había vuelto á la vida ociosa y de placeres de otro tiempo, cuando era estudiante, pero su agradable mocedad en la calle de Suresnes, y su época de hermoso joven en el torbellino de mujeres en que vivía, le costaban mucho; y alegremente, sin el menor sentido moral, había incurrido ya en todos los compromisos, en todas las deudas, como hombre frívolo, superior, simpático y joven, que no daba ninguna importancia á semejantes fruslerías.

—¡Bah!—dijo al fin el barón—¿Tiene acaso Sagnier esa lista? Lo dudo, porque no existe, pues Hunter no ha cometido la necedad de formarla... Y además, ¿qué hay? El asunto es corriente, y no se ha hecho sino aquello que siempre se hizo en semejantes negocios.

Ansioso por la primera vez en su vida, Duthil escuchaba con la necesidad de tranquilizarse.

—¡Es verdad!—exclamó.— Esto es lo que yo me dije, que no hay en todo ello ningún gato que castigar.

Duthil se esforzaba por sonreír, y no sabía ya á punto fijo cómo había podido recibir una docena de miles de francos en aquel asunto, á título de aparente préstamo, ó bajo el pretexto de una publicación ficticia, pues Hunter se había mostrado muy hábil para considerar el pudor de las conciencias, hasta las menos virginales.

EMILIO ZOLA.

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)

(Se continuará.)



SECCIÓN LIBRE



LA CONDICIÓN HUMANA Y LA LEY

La actividad humana es prodigiosa.

Si remontamos nuestra imaginación por el alvéolo escabroso de la historia hasta las más remotas edades, y detenidamente miramos y estudiamos el trabajo hecho y el esfuerzo empleado por las razas, los pueblos y las generaciones, creando ó inventando algo, nos pasmaremos contemplando tan gigantesca obra.

Desde la horda prehistórica de nuestros ascendientes hasta la tribu, y desde ésta á las primeras civilizaciones, se escapan á la investigación del cronista miles de luchas y sucesos humanos; pero la lógica nos induce á creer que la lucha por la existencia, conquistando espacio para desenvolverse y alimentos para vivir, debió ser ruda y tenaz, y durante muchos siglos, combates fabulosos librados contra las especies gigantescas de animales ya desaparecidos, consumieron seguramente el esfuerzo de muchísimas generaciones, y quedó probada la superioridad de aptitudes de nuestra especie sobre todas las demás, en lo que á la lucha se refiere.

Dejando á un lado toda la energía gastada por las primeras asociaciones humanas, combatiendo entre sí ó con los animales, y fijándonos solamente en los tiempos históricos, podremos hacernos una idea de los gérmenes de grandeza que hay en nuestra especie y de su energía y fortaleza. Las primeras páginas de las civilizaciones de Oriente nos enseñan cómo la guerra y la civilización nacieron á un mismo tiempo, y cómo el error y la barbarie fueron los principios en que informaron sus actos los pueblos y los tiranos de todas las edades.

Nacen los imperios de Asia y con ellos las artes y la guerra. Fórmanse ejércitos de cientos de miles de combatientes, y en dos ó tres siglos se generaliza la lucha hasta Europa. Fúndanse las repúblicas de Grecia, y en medio de guerras legendarias por la grandeza de sus generales y el heroísmo de sus soldados, desarróllase la civilización con tan grandiosa intensidad, que la poesía, la arquitectura, la escultura, las matemáticas y la filosofía llegan á tal altura y florecimiento, que nuestros sabios y artistas quisieran para ellos las sublimes iniciativas de los que llenaron de templos y estatuas las ciudades, construyeron el Partenon y fundaron la biblioteca de Alejandría.

Si de Grecia pasamos á Roma, el mismo espectáculo de trabajo, creación y conquista, reaparece en la historia con proporciones inconcebibles. Llega con la guerra la civilización á Occidente y se generalizan en el mundo conocido los progresos sociales y políticos del pueblo conquistador.

El trabajo realizado en unos cuantos siglos por Roma, es inmenso. Aparte el esfuerzo guerrero, que, si le dió días de esplendor y gloria, le llevó también á la vergonzosa corrupción y decadencia de sus últimos emperadores, quedan de su grandeza restos importantes por los cuales podemos hacernos una idea de la fecundidad humana y su prolífica condición. Los foros, el coliseo, los templos, los monumentos, las vías, acueductos y obras á millares que el tiempo, menos brutal que los hombres, ha respetado y dejado llegar hasta nosotros, son testimonios fehacientes que hacen

indiscutible la afirmación que hemos estampado en primer término de este artículo.

Trabajando y luchando, la humanidad pasa por ese oscuro borrón histórico que se llama Edad Media. Renace nuevamente á la vida intelectual, y entra triunfante con el renacimiento en la Edad Moderna, y, como siempre, trabajando y luchando, llega á nuestros días, más ó menos fuerte, pero siempre con la necesidad de luchar para vivir.

El mundo material ó, mejor dicho, todo cuanto existe sobre nuestro planeta fabricado por la mano del hombre, y que constituye riqueza ó representa el pasado ya en ruinas, abandonado por no tener aplicación práctica en nuestra época, es tan grande, que no hay talento humano que pueda conocerlo y explicarlo.

Pero hay algo que confunde más que todos los prodigios materiales de nuestra especie, y es el error, las mentiras y convencionalismos en que siempre ha vivido ella misma.

Envuelto en un pasado remoto, se confunden á la vez el origen de la guerra, que con el tiempo había de ser representada por una institución social, el trabajo que vino á ser y continúa siendo cruel imposición de una clase, y los convencionalismos que más tarde fueron costumbres y luego leyes escritas. Aun hoy la costumbre es ley, y no hay acto humano, individual ó colectivo, que no se juzgue con arreglo á los prejuicios instituidos por la ley y la costumbre.

Lo asombroso de esta parte en la actividad humana, es el origen, desarrollo é importancia social de la ley. Demóstenes la definió diciendo que es una invención y presente del cielo que establece el trono de la tranquilidad y la justicia entre los hombres; Aristóteles dijo que era una emanación de la divinidad; Sócrates que las leyes descenden del cielo, y Cicerón que son obra de los dioses.

Estos y otros sabios antiguos atribuyeron las leyes á un poder sobrehumano. Los pueblos de la antigüedad creyeron que Júpiter dió sus leyes á Minos, Apolo á Licurgo, Minerva á Seleuco, y la ninfa Egeria á Numa Pompilio. Estos inocentes errores, lógicos en la infancia de los pueblos, son la base científica de todos nuestros códigos, y en ella se funda también la cruel rigidez de la justicia histórica, y la grotesca, si no fuera fúnebre, austeridad de nuestros jueces.

Con el origen de la ley coincide el de la esclavitud, y con éste el de las clases y castas. Establecida la ley, quedó reglamentada la actividad humana y restringida la libertad y el derecho, aunque los defensores de lo establecido hayan dicho lo contrario en todas las épocas. Podrán los filósofos, más ó menos sinceros, argüir cuanto quieran contra esta afirmación; pero no negarán que las primeras hordas humanas, sin otras leyes que las de la necesidad y el apoyo mutuo, vencieron á las especies colosales de animales que fueron sus contemporáneos, afirmaron su imperio sobre la tierra y conquistaron para las futuras generaciones espacio donde desenvolverse. No negarán tampoco que las leyes fueron el arma del tirano, y que la tiranía de las leyes alcanzó á todos los ramos de la actividad humana, instituyendo la mentira como dogma, legalizando la barbarie y dando al despotismo nada menos que origen divino.

Por fortuna, la condición del individuo es distinta de la social, y, á pesar de todas las leyes y de todos los tiranos, ha triunfado la verdad y se ha impuesto la personalidad del genio sobre la vulgaridad de las masas y el despotismo de los gobernantes. Esta condición salvará á la humanidad de los seculares errores sociales, libertándola de la tiranía de la ley. Que esto es una esperanza lógica, nos lo demuestra la simple observación de los fenómenos históricos y los sucesos diarios.

Miles de leyendas, tradiciones, *verdades reveladas*, dogmas divinos y bibliotecas repletas de leyes, no negaron las verdades que Copérnico afirmó en su libro inmortal *De revolutionibus corporum coelestium* ni consiguieron que Venus cesara en su marcha alrededor del sol, con la abjuración que la verdad social y la tiranía de la ley impuso á Galileo.

Las teorías de Giordano Bruno triunfaron, á pesar de la infamia de las leyes y la barbarie de los tiranos que le sacrificaran y contra el Derecho escrito, y la numerosa falange de filósofos, legisladores y gobernantes que en todos tiempos predicaron é impusieron la santidad de la ley; triunfó también el Derecho natural, no el que se enseña por nuestros sabios en las Universidades, sino el que nos proviene directamente de la naturaleza, induciéndonos á la práctica de nuestros sentimientos y necesidades fisiológicas, menospreciando las reglas é imposiciones de la ley.

Las teorías calificadas de heréticas por la ley salvaron á la ciencia del obscurantismo religioso, y el amor, hermosa virtud que perpetúa las especies, no admitió nunca, sino prostituyéndose, la reglamentación prescrita por ella.

A millones se cuentan los libros de leyes, y ellos nos dan la medida de lo fecunda que la humanidad ha sido en el error. Libros que divinizaron el derecho de los Césares, nobles y reyes, libros que sancionaron la esclavitud bajo diversas formas en todas las edades, y libros que santificaron la propiedad, el privilegio, las castas y las clases. Y á pesar de tanto libro, el derecho divino fué aplastado por el derecho á progresar que el tiempo concedió á la humanidad y á cuanto existe en el mundo; donde hubo un esclavo digno, surgió un Espartaco, más ó menos grande, que pisoteó las leyes, y en todas las edades, donde hubo un hambriento, un desposeído de la riqueza, que la influencia de las costumbres y seculares atavismos no corrompieron, hubo un ladrón, mejor dicho, un hombre virtuosamente mágico, que practicó el derecho natural, el derecho á la vida, contra todas las infamias, aberraciones é injusticias mantenidas por la fuerza y establecidas por la ley. El hombre, unas veces por equivocación y otras por maldad, ha consumido sublimes energías intelectuales fomentando el mal; pero su prolífica condición con el trabajo, el progreso y el amor, vencerá todas las tiranías y preocupaciones y á su principal sostén: la ley.

ANTONIO LÓPEZ.

EL LADRÓN DESNUDO

He hecho la campaña sin consultar á nadie.

(BONAPARTE.)

Cuando Pedro Lurier salió de presidio, se encontró sin trabajo y sin pan.

A la edad de veinticinco años había sido condenado por robo con fractura en una casa donde acababa de entrar como ayuda de cámara. En presidio había aprendido á hacer herretes para cordones de zapatos. Pues bien; en la pequeña población de provincia donde la vigilancia de la policía le obligaba á residir, le era imposible en absoluto utilizar ese oficio enteramente especial. Además, no había que pensar en volver á colocarse en el servicio doméstico. Por consiguiente, los horizontes de Pedro Lurier eran la miseria y el hambre.

Reflexionó que con trabajar largo tiempo y mucho, si por acaso encontraba en

qué, nada más conseguiría sino reventar como un perro. Por el contrario, dijo para su colete que, cometiendo un nuevo delito, podría ganar de golpe y porrazo, no sólo un mendrugo de pan, sino quizás riquezas. No vaciló; tomó el segundo partido.

¿Qué delito cometer? Tal era el asunto. Lo primero era huir de la vista de la justicia: Pedro Lurier abandonó el pueblo donde estaba recluso.

Indocumentado y sin dinero, llevó por espacio de seis meses la dura y mísera vida de vagabundo, siempre adelante, mendigando de tapadillo, durmiendo en despoblado ó en los hórreos, flaco, macilento, andrajoso, en espera de ocasiones y rechazándolas cuando no se le presentaban bastante seguras ó buenas, dando vueltas en torno de la sociedad, como un zorro alrededor de una granja, decidido á aguantarlo todo, hasta el instante propicio en que se indemnizaría de su ayuno, devorando la presa que de continuo esperaba.

Un día advirtió que estaba en Champagne, su país. Habíale arrastrado hasta su tierra no sé qué fatalidad, sin duda ese instinto bestial que conduce al bosque donde se guarecen los animales perseguidos.

Al pronto, le entró miedo. ¡Iban á conocerle! ¡Se metía en un avispero! ¡Estaba perdido! Diéronle ganas de volverse atrás.

La reflexión le hizo quedarse. ¿Cómo habían de reconocerle? Abandonó la comarca siendo un sonrosado y rubio muchacho de doce años. Reaparecía en ella á los cuarenta de edad, con el rostro bronceado, larga barba, hundidas las mejillas y grises los cabellos.

Luego hizo un raciocinio muy exacto. En todos los lugares por donde pasó, ¡cuántas ocasiones perdidas por ignorancia, por no conocer las localidades ni las personas! Aquí, por el contrario, á pesar de las mudanzas acaecidas durante su ausencia, era sabedor de muchas cosas, lo cual era como hallarse con otras tantas armas. Bastaba con recordar bien. Y Pedro Lurier recordó.

A unas diez leguas del sitio donde estaba, había en otro tiempo, en un pueblecillo que se llama Nizy-le-Comte, un matrimonio muy rico y sin hijos, los cónyuges Berlot, apodados en el villorrio los *Cuenta-cuartos*.

Pedro los había tratado mucho. Por los tiempos en que era un granujilla de aldea desempeñaba entre ellos las funciones de un sirviente doméstico barato.

Estaba enterado de todas las costumbres, y de las entradas y salidas de la casa.

Sabía que la puerta grande, que daba al camino, era alta y con sólidos herrajes, y que las bardas de las tapias del jardín de atrás estaban erizadas de vidrios rotos; pero también sabía que los árboles del fondo habían debido de crecer, y que subiéndose á ellos desde el exterior era posible penetrar en el jardín. Sabía que desde éste no se entraba de noche en la cocina, herméticamente cerrada todos los días al anochecer; pero también sabía que el lavadero sólo estaba separado del exterior por un tenue tabique de ladrillo. Esta pared era fácil de echar abajo, y una vez dentro del lavadero estabase en la cocina. De allí se pasaba al salón, donde, bajo el fanal del reloj, estaba la doble llave de la escalera. En lo alto de la escalera, el cuarto de desahogo, adonde antaño iban á alinear las escobas; y junto á ese cuarto, el dormitorio de los Berlot. Allí ya no recordaba bien. Nunca había penetrado en esa estancia, habiéndola entrevisto nada más por la puerta entornada. Recordaba vagamente que la cama estaba al fondo, junto á un grande y sólido armario de roble viejo con goznes de cobre. En él dormía el *gato* tanto tiempo engordado por los *Cuenta-cuartos*, y tan ardientemente codiciado á la sazón por Pedro Lurier.

Porque al primer recuerdo que le vino á la memoria decidióse su propósito. Al fin había encontrado la ocasión esperada con tanta paciencia. Era preciso ir allá sin dejarse ver, observar si no había cambiado nada, tomar todas las precauciones requeridas como prudentes, y obrar con la mayor audacia.

En dos noches anduvo las diez leguas que le separaban de Nizy-le-Comte. Pasó un día entero oculto en un bosque, en el fondo de una cueva húmeda, con los pies en el agua, sin comer. Pero, á lo menos, cuando hacia las dos de la madrugada llegó á la casa de los Berlot, estaba muy seguro de que nadie le había encontrado en el camino.

En la calleja que bordeaba la parte de atrás del jardín, tuvo la suerte de dar con un plantío de zanahorias, donde tomó un pequeño refrigerio.

Ligeramente lastrado de esta suerte, pero sostenido por la fiebre de triunfar en su propósito, escaló la tapia que daba frente á la fachada de detrás de la casa de los Berlot. Una vez en el borde, se irguió de pie, sin pensar en que podía perder el equilibrio, y, encogiéndose, de un salto prodigioso fué á caer al otro lado de la calleja á un árbol del jardín.

El ruido de su caída en las ramas despertó á un perro de la vecindad, el cual comenzó á ladrar. Durante algunos minutos hubo un concierto de aullidos que se contestaban, pero cesó poco á poco. Oyóse aún la postrera nota lejana de un perro de pastor, vigilante allá abajo en los campos. Quedóse todo tranquilo. Pedro Lurier se palpó los miembros, vió què nada se había roto, y se puso á meditar.

Ya era mucho eso de estar dentro del jardín; pero aún no era nada. En efecto; Pedro Lurier habíase metido allí á la ventura, impulsado por su irresistible deseo de acabar con su mala fortuna; pero ni siquiera sabía si los Berlot vivían aún y habitaban en la casa. ¡No importa! Habíasele puesto en el caletre que era preciso ir allí á que hubiera sido imprudente tomar informes, y que, en último extremo, todo sería pasar un día en la copa de un árbol. Si los propietarios eran nuevos, volvería á marcharse á la noche siguiente. Si estaban allí los Berlot, bien valía su dinero tomarse la pena para apoderarse de él.

Mientras aguardaba á que amaneciera, bajó á buscar que comer. No temía encontrar perro alguno, pues en el concierto de poco antes no había oído ningún ladrido por la parte de la casa. Encaminóse, pues, resuelto hacia el corral.

Hallábase éste lo mismo que siempre, con la pocilga de los cerdos á la izquierda y el establo á la derecha. En el establo encontró una sola vaca, la cual se levantó al pronto como asustada cuando él se acercó, pero á quien calmó en seguida, hablándola y dándole golpecitos en la grupa. Al cabo de algunos momentos la creyó lo suficiente familiarizada para no temer cogerla la ubre, y mamó leche caliente que le dió gran confort. En la gamella donde comían los cerdos palpó á tientas, y se puso muy alegre al encontrar grandes mendrugos de pan de salvado, con los cuales llenóse los bolsillos sin hacer ascos. Eran los platos fuertes de sus comidas del día inmediato. También cogió alguna fruta en el jardín; pero con discreción para no revelar que alguien había entrado. Hechos todos estos preparativos, dejó para la noche siguiente lo que se refería más en particular al crimen, y buscó un lecho donde descansar hasta el día.

Vió un olmo desmedidamente grueso y nudoso, y subióse en él. Hacia la mitad del árbol, poco más ó menos, el rayo había hecho sin duda en el torcido tronco una oquedad y formaba lo que en el país llaman un *vano*. Pedro Lurier se acostó allí donde se estaba como en una litera dura, corta y profunda. Lo principal es que se podía dormir sin ser visto y sin temor á caerse.

Pedro Lurier, desfallecido de fatiga, durmió la víspera de su delito ni más ni menos que Napoleón la víspera de Austerlitz.

El sol doraba las telarañas tendidas entre las ramas de los perales, y el rocío había secado sobre las hortalizas cuando se despertó.

Lo primero que vió á través de las hojas de su olmo fué al mismo tío Berlot, afañoso en los quehaceres del corral. El corazón de Pedro palpité de alegría.

Sí; allá estaba el viejo yendo y viniendo con un cesto en la mano, echando grano á las aves. Hacía *ptu, ptu, ptu*, y las gallinas se empujaban y derribaban, batiendo alas y con las plumas foscas, para atragantarse de avena. En seguida se fué á la cocina en busca de un cubo lleno de agua grasienda, donde sobrenadaban zoquetes de pan y mondaduras de patatas, y echó la pitanza á los cerdos, que hozaban con la geta en la artesa.

Esto hizo pensar á Pedro Lurier en que tenía hambre. Sacó de los bolsillos el pan de salvado y la fruta, y almorzó en silencio, pensando en que todo se arreglaría á medida de su deseo.

En efecto, puesto que el tío Berlot cuidaba por sí mismo del corral, eso era prueba de que no tenía criado, de que estaba solo en la casa. A lo sumo estaría con él la señora Berlot.

Hasta cosa de las once estuvo el viejo en el corral y en la huerta, removiendo, cavando, podando, traginando.

Hubo un momento en que Pedro Lurier tuvo miedo. Al pasar junto á un peral, Berlot miró con atención sus frutos, y notó que faltaban dos. Maquinalmente dirigió la vista á las tapias del jardín y á los árboles del fondo. Parecía convencerse de que había entrado en su casa un ladrón. Pero al ver tan puntiagudos los cascotes de botella de los bardales tranquilizóse sin duda, porque se encogió de hombros con ademán de decir: «Es imposible.»

Sin embargo, eso le preocupaba á ojos vistas, y quiso saber á qué atenerse.

—¡Pedro!—gritó de repente.

Pedro Lurier se estremeció al oír este nombre, como si le llamasen á él, y se metió más adentro en el *vano*.

Al llamamiento de Berlot, abrióse la puerta de la cocina, y salió un niño de diez á doce años, sonrosado y rubio.

Pedro Lurier tembló más fuerte aún; parecíale que él mismo era quien salía de la cocina, idéntico aldeanillo como lo fué en sus tiempos. Un segundo de reflexión le hizo olvidar tal fantasmagoría y comprender la realidad.

—¡Pedro!—dijo Berlot.— ¡Otra vez me has vuelto á robar peras!

—¡Oh, no señor!—respondió el chicuelo.— Le juro á usted que no. ¿Cómo quiere usted que haga para robarle peras? Acabo de volver del campo de pastar á la vaca, y usted mismo es quien esta mañana me abrió la puerta de la cocina para ir al establo, y la puerta grande para ir al campo.

—Eres un bribonzuelo.

¿Quién me dice que no has venido de noche al jardín?

—¡Oh, señor! ¿Es posible eso estando todo cerrado por la noche en la casa?

—¡Ta, ta, ta! Pruébame que no me has robado.

—¡Oh, señor, le juro que yo no he sido! ¡Mire usted la prueba!

Entróle entonces á Pedro Lurier un miedo cerval, imaginándose que el chico había visto alguna cosa. Pero no; la prueba que quería dar era tan sólo el juramento

solemne que usan los niños, y que consiste en hacer la señal de la cruz, y después levantar la mano derecha escupiendo al suelo.

Conmovido sin duda Berlot por este juramento, se contentó con tirar de la oreja á Pedro al volverse con él á casa. Dieron las doce del día.

El sonido cascado de la campana de la aldea era el único rumor que turbaba aquella hora silenciosa. Apenas una ó dos gallinas picoteaban aún acá y acullá en el estercolero, junto al establo. Los cerdos hacía mucho rato que habían vaciado su gamella, y habíanse retirado á dormir en el fondo de la pocilga. Los gorriones se habían marchado después de dar algunos picotazos á la fruta, á pesar del gran sombrero de paja puesto en un peral con objeto de servirles de espantajo, volando á los campos, donde hacen sus *razzias* por la tarde. Lo mismo habían hecho los labriegos, quienes volvieron á sus faenas después de comer. Nada se movía en el villorio. Oíase tan sólo en la campiña un vago rumor de zumbidos, cual si la tierra suspirase al dormir bajo la luz del sol.

Pedro Lurier sintió subir entonces hasta él no sé qué sosiego y apetito de dulce-dumbre. Le pareció que era muy bueno poder vivir en aquella tranquilidad. Pensó que las gallinas eran muy felices y que los pájaros debían estar contentos. Díjose que la existencia de Pedrín era encantadora, á pesar de los regaños del tío Berlot. Verdad es que le daba algunos tirones de orejas; pero comía, bebía, dormía, iba á pasearse por los prados y los bosques sin temor y sin mirar detrás para ver si le perseguía algún tricornio. ¿Y el tío Berlot? Era rico, tenía casa propia, gallinas, cerdos, peras. ¡Qué hombre tan feliz!

¿Y por qué él, Pedro Lurier, no tenía también su parte de felicidad? ¡Ah! ¿Por qué? No tenía más que haberse quedado allí en el campo como su padre. Pero ¿era culpa suya si había partido? Una mala pieza le había dicho que en la ciudad se hace fortuna. Y, en efecto, hubiera podido adquirir esa fortuna. ¡Quizá! ¿Quién sabe? Buenas ocasiones no le faltaron. Un patrón le tuvo cariño desde su llegada. Pero había allí otra mala persona predicando la pereza y los placeres. Uno, dos, varios años, el tiempo precioso de la juventud había transcurrido miserablemente sin hacer nada, viviendo al día. Luego, una mañana, harto de lucha y lleno de remordimiento, queriendo al cabo trabajar, y sin saber nada, hízose de nuevo sirviente doméstico. Aún podía ganarse así la vida; pero se había agriado, rebosando deseos y duelos. Había conservado malos conocimientos, una querida que era una bribona, un amigo que era un ratero. Dió oídos al amigo para satisfacer las exigencias de la ganforra. Y á fin de cuentas, despertóse el día menos pensado entre dos agentes de policía: era ladrón. Encausado y condenado, pasó quince años en presidio, y ahora...

¡Ah! Ahora era un miserable, un vagabundo, carne de cárceles; y á la noche sería asesino, y mañana tal vez le detuvieran de nuevo; y entonces bien pronto sería procesado de nuevo, y esta vez condenado á muerte.

¡A muerte! ¡Cortada la cabeza!

Pedro Lurier, con los ojos fijos, no veía el jardín, ni el corral, ni la casa, sino una plaza llena de gente, y una guillotina, en el agujero de la cual hacía muecas.

Dió un gran grito, y ese grito le volvió á la realidad.

«¡Caramba, estoy loco!—dijo para su capote.—¿Pues no estoy ahora despierto y me pongo á gritar desgañitándome? ¡Vaya una ocurrencia! ¡Si llega á estar por ahí el tío Berlot me arde el pelo.»

Para cambiar el curso de sus ideas, trajo violentamente á la memoria el recuerdo

del patio del presidio, donde charlaba con los camaradas. Las conversaciones eran acerca de robos hábilmente hechos, asesinatos cuyos autores no habían sido descubiertos nunca.

—Mirad, muchachos—decía á menudo un zorro viejo con varias condenas—; no hay que propasarse á mayores sino habiendo seguridad de escapar con bien. Bueno lo de *nicabar*; si le pescan á uno, sale con *estaribel*, como yo, y en paz. ¡Pero *mulabar*, un demonio! Sólo conocí uno con *buenos bastes*, y era el zanquilargo, que murió dos años ha, *Chapa-de-cinc*. Ese encontró el medio de *dar mulé* á siete personas, y nunca le echaron la mano encima. Sólo que tenía su sistema. Decía que para salir bien, se necesitan tres cosas: estar en tierra donde no *sus conozgan*, *trabajar* solo, y quedarse en cueros para *dejar seco*. *Trabajando* sólo y en país extraño, no son de temer los *chineles* ni los *soplones*; haciendo la *faena* en cueros, no se dejan piezas de convicción para el *libanó* y no se sacan *manchas* en la ropa.

Estos consejos resonaban como un clarín de batalla dentro de la cabeza de Pedro Lurier. Era desconocido y estaba solo; se pondría á ello desnudo. Conque tenía que salir bien.

Llegó el atardecer, las gentes regresaban á sus casas. Oyéronse algunos pasos por la calleja. Mugían los bueyes de vuelta para la aldea; ladraban los perros. Todo el mundo se disponía á cenar antes de irse á dormir.

Berlot volvió á salir de la cocina y fué á abrir la puerta trasera. Pedrín traía la vaca para meterla en el establo.

—Anda, mocoso, date prisa—dijo el viejo al muchacho.— Ahora tienes que subir allá, para cambiar de ventana á la tía Berlot. El polvo va á venir por la fachada delantera; ponla un poco hacia aquí.

Subió el chico, y unos minutos después abrióse una ventana del primer piso, que daba al corral. Empujó un gran sillón hacia el hueco y apareció la señora Berlot. Estaba inmóvil, rígida, y Pedro Lurier notó que en su cara sólo parecían vivir aún los ojos.

«¡Bueno!—pensó.— La vieja está paralítica. Eso será más cómodo.»

Una sola cosa le inquietaba: el niño. ¿En qué parte de la casa dormiría Pedrín? ¿Habría que pasar junto á él para subir allá arriba?

«¡A fe mía, tanto peor para él! Habrá que quitar estorbos del camino.»

Comenzó á obscurecer. Extendióse poco á poco la noche sobre la casa, el corral y el jardín. Bien pronto, Pedro Lurier ya no distinguió nada desde lo alto de su árbol. Unicamente por entre las ramas brillaban las estrellas.

¡Las nueve! Una luz iluminó de rojo una de las ventanas del piso primero. Sin duda, el viejo Berlot estaba contando el dinero, como todas las noches. Apagóse la luz al cabo de media hora larga. Había muchos escudos en el *gato*.

¡Las diez! ¡Qué largo es el esperar!

Por la noche son muy grandes las horas!

¡Las once! Todo dormía á lo lejos.

Había llegado el momento. Pedro Lurier bajó del árbol.

Cuando llegó al lavadero se puso á palpar el muro, hasta que encontró entre dos ladrillos un intersticio por donde meter la hoja de la navaja. Le costó largo tiempo descalzar el primer ladrillo. Pero una vez hecho este agujero, agrandóse con facilidad la abertura. Fué quitando uno por uno los ladrillos y poniéndolos en el suelo sin meter ruido. Por fin pudo hallar paso el cuerpo de Pedro Lurier.

Se quedó inmóvil un buen rato, acostumbrando los ojos á la oscuridad. Cuando

comenzó á distinguir un poco los bultos, vió que sus recuerdos no le habían engañado. Enfrente de él estaba la puerta de pestillo que daba á la cocina.

Pero antes de penetrar allá era menester tomar sus precauciones, es decir, quedarse en cueros, preparar una linterna, encontrar un arma. La navaja que le había servido para horadar el tabique no era bastante larga y fuerte para salir en bien de la empresa. Lurier registró á tientas en torno suyo en los canastillos de instrumentos hacinados en la estancia, y eligió un zapapico corto, de mango fuerte, de hierro pesado y puntiagudo. A lo largo de la pared colgaban dos faroles, uno de carruaje y otro de cuadra. El primero hizo al caso; en primer lugar, porque era más pequeño, y además porque estaba provisto de un reflector que lo convertía en una especie de linterna sorda. Pedro metió en él el cabo de vela que había quedado de la noche en el farol de cuadra. Encontraría cerillas en la cocina; por supuesto, no quería encender sino en el cuarto de arriba, con objeto de ver claro para buscar el dinero y lo que fuese menester. Estando ya todo dispuesto, Pedro Lurier se desnudó, hizo un lío pequeño con su ropa, se ató á los hombros este petate con un trozo de sogá, y se detuvo un instante á meditar, á fin de asegurarse de que ya no le faltaba nada.

«¡Qué morral soy!—pensó de pronto.— Tengo liados los vestidos, estoy desnudo, luego no tengo bolsillos. ¡Anda, cacho de brutal! ¿Y dónde vas á meter el dinero de los Berlot? Debe de haber escudos, monedas de Luis Felipe de cinco francos; todo eso pesa y abulta. No voy á hacerme faltriqueras en el pellejo de los muslos.»

De nuevo palpó las paredes, registró los canastos y sonrióse en silencio de gusto al sacar de un cajón lleno de avena un zurrón de lienzo, uno de esos talegos que se les cuelga del hocico á las caballerías para que tomen el pienso. En ese zurrón cabrá bien todo el *gato*. Colgóselo al cuello como si llevara unas alforjas, haciendo de bolsa trasera el petate de ropa, y de bolsa delantera el zurrón de lienzo.

Dieron las once y media.

Entonces, enteramente desnudo, con el farol apagado colgando del dedo meñique de la mano izquierda, el zapapico empuñado con vigor con la mano derecha, empujó suavemente con la rodilla la puerta del lavadero y penetró en la cocina.

Un ruido suave, regular, anunciaba el sueño del muchacho. En efecto, allá estaba Pedrín, en una cama baja, con la colcha subida hasta las orejas, acostado como gatillo de fusil y durmiendo á pierna suelta.

Pedro Lurier se acercó á la cama, apretando con más fuerza el zapapico, que comenzó á enarbolar.

«¡Bahl—se dijo de pronto.— ¡Ronca tan fuerte! Por eso no se despiertan los chicos. Cuando estaba yo en su puesto, rayos que hubiesen caído no me hubieran hecho chistar. Y luego si no le atinase bien, vocaría y los viejos se pondrían en pie. ¡Pobre mocosol! ¡Qué felices son estos muñecos! ¿Y si, á pesar de todo, se despertara? Cuando esté allá arriba, acaso armaré bronca. Basta de reflexiones... ¡Ah, no, puf! Siempre tendré tiempo de sangrarle á la vuelta.»

Cogió cerillas en la campana de la chimenea, pasó al salón y dejó en el suelo el zapapico y el farol para levantar el fanal del reloj. ¡Qué gozo! Allí estaba la llave, como antaño. En tres minutos estaría junto al *gato*.

La escalera crujía bajo sus pies descalzos.

«¡Cochina de maderal! ¡Pues no se pone á chillar! Sin embargo, no piso tan fuerte.»

Detúvose á escuchar si habían oído el ruido. ¡Nada! La casa siempre muda. Solamente abajo roncaba Pedrín.

Dos escalones, un escalón, y ya está la meseta, luego el cuarto de las escobas; y al cabo, hete aquí la puerta, detrás de la cual están los Berlot.

Todo iba bien; los viejos dormían; es cosa dura despachar para el otro mundo á dos personas. «¡Bah! duermen como sapos. Registremos el armario y que estos viejos vivan hasta que se los coman los chinches, si aguantan el sueño».

Metió la navaja por la cerradura de cobre, y se abrió la puerta. Uno, dos, tres talegos y un taleguito. Palpándolos, nota la mano monedas de cinco francos en los tres primeros y *luis* en el otro. ¡Eso basta! Inútil revolver todo el armario. Hay que escapar con los cuatro sacos metidos en el zurrón. ¡Alza! pesa mucho en el cuello. No hay que soltar el zapapico. ¡Si no durmiese el muchachol!

Pedro Lurier bajó las escaleras como alma que lleva el diablo. Pedrín roncaba.

Lurier le miró, y dijo: «¡Pobre muchachol, ¡qué será de él! ¿Irá como yo de presidio en presidio? Si quisiera seguirme y no soltara la lengua, podría tener mejor fortuna.

Se puso á vestir y mientras se vestía pensaba en la suerte que guardaba á Pedrín. Cuando estuvo listo dió con el pie al muchacho. Pedrín despertó, y á la presencia de tal extraño personaje puso sus ojos como dos naranjas.

—Anda, levántate y vente conmigo, le dijo Lurier.

—¿Y quién es usted?

—Un amigo que quiere librarte de la mala cara y peor mesa de Berlot.

—¿Dónde está mi amo?

—Duerme y no grites, sino me escurro sin ti y quedas para pudrirte en este cuchitril. Vístete; conmigo podrás divertirte con los otros muchachos.

Pedrín recordó que en su vida no había tenido un rato de expansión y miró á Lurier con cara cariñosa; tampoco se fijaron nunca en Lurier ojos que expresaran tanto cariño.

Pedrín estuvo listo en un dos por tres, y silenciosos los dos desamparados saltaron la tapia y se fueron.

*
*
*

A la muerte de Pedrín, ocurrida cincuenta años después, se supo que Pedro Lurier fué para él un padre y que ambos vivieron honradamente. ¡Es tan fácil ser honrado teniendo dinero!

J. R.

TRIBUNA DEL OBRERO

SECTARIOS Y NO SECTARIOS

He leído, no sin asombro, un suelto que firma Manuel Gutiérrez Parada, inserto en *El Demócrata*, de Jerez, y que sin duda por creer su autor que con esas líneas ponía una pica en Flandes, aparece compuesto en letra bastardilla, como si se tratase del parecer de un gran pensador.

No conozco al Sr. Gutiérrez Parada, mas la sola lectura de esas líneas me demues

tra que está muy lejos de ser un hombre que haya estudiado el problema de la vida humana.

Nos llama sectarios á los que defendemos las ideas libertarias, sin parar mientes en que él se presenta como un sectario bastante más, pero mucho más ciego que aquellos á quienes pretende atacar.

Es la necia manía de todo el que no tiene más razones que oponer que argumentos sofisticos para atacar una doctrina: llamar primeramente sectarios á los de ideas distintas. Ellos son desde luego dogmáticos; los otros son pertenecientes á una secta que, por salirse del dogma, debe ser condenada, anatematizada... Y sin duda por esto, Gutiérrez Parada, después de dar como sentado que los libertarios creemos que se puede pasar de un brinco de un estado primitivo y salvaje á la perfección suma, haciendo un brusco símil, agrega: *«sin cuidarse para nada que en la presente centuria, la inmensa mayoría de los humanos no están en condiciones para el buen empleo del taparrabos.»*

Algo es algo, y ya que no otra cosa, bueno es sacar ante todo la primera consecuencia que se desprende de lo escrito por Gutiérrez Parada. Según ella, no es que se niegue la teoría libertaria, sí el que la humanidad esté en ocasión propicia para llevarla á la práctica.

He aquí el sofisma de siempre; la argucia que emplean con la misma frescura jesuitas y demócratas, liberales y retrógrados. Ya que no se puede negar la verdad, la esencia de la doctrina, se acude á la muletilla de suponer á la humanidad tan atrasada que no sabe apenas usar el taparrabos. Y de ahí deducen que nosotros los libertarios, caemos en *«el absurdo pretencioso de querer ver al hombre primitivo usando trajes del siglo XX»*.

¡Qué modo de exagerar! Para estos señores no estaríamos nunca en condiciones de otra cosa que para dejarnos conducir del ronzal como mansos pollinos... ¡Pardiez, que es terca la manía de creer que la humanidad no está nunca en condiciones de exigir el derecho á la vida! Ni tanto ni tan calvo, señor Gutiérrez; el hombre, en cualquier nivel intelectual que se encuentre, sabe que para vivir es necesario comer, y siendo esto necesario, la misma necesidad le obliga—en contra del parecer de todas las filosofías y teologías habidas y por haber—á buscar medios con que alimentarse, y, si se los niegan, no lo dude el señor Paradas, recurrirá á la fuerza para procurárselos. Y esto lo vemos á cada paso, y buena prueba de ello es el gran contingente que á las cárceles da la falta de recursos en muchos individuos.

¿Cree el señor Gutiérrez que nadie que hambriento esté va á esperar á que los demás se pongan en condiciones de apreciar si debe ó no debe apoderarse de lo que le es tan necesario?

Por otra parte, ¿quién dice que los libertarios creemos que pueda pasarse de un tirón de un estado primitivo al de la suma perfección? Buena prueba de que no es así, es que procuramos capacitar á los no capacitados intelectualmente; para algo gastamos nuestro tiempo en propagar nuestras teorías. ¿Cree el señor Paradas que no es llegada la hora de ello? Pues nosotros creemos que el preciso momento de sembrar es cuando el campo se halla preparado, predispuesto á dar calor á la simiente que sobre él se arroja, y los actuales momentos no pueden ser más propicios para nuestra siembra, por cuanto que el pueblo ha perdido la fe en los parlanchines que creen arreglarlo todo con sus vuelos oratorios. Aquí, créalo el señor Gutiérrez, más que hablar lo que hace mucha falta es hacer. Pasó el tiempo en que los charlatanes políticos hacían fortuna engañando á los trabajadores, y es lástima que muchos obreros, engañándose

á sí mismos, se dediquen á la perversa tarea de substituir á los bohemios de la política.

¡Buen pelo echaríamos los trabajadores si hiciéramos caso de esos nuevos directores, que empiezan, como los antiguos, por creer que no estamos capacitados para nada que no sea dejarnos engañar!

¡Ya se convencerán de que pierden lastimosamente el tiempo!

ANTONIO APOLO.

DE LA IGUALDAD

Es indiscutible que la desigualdad social en que vivimos fomenta todos los males que lamentamos; por consiguiente, si aquélla desapareciera, éstos no tuvieran lugar por falta de base.

Que la inmensa mayoría del pueblo, careciendo de medios de vida y de ilustración, la considere como un mal necesario é inevitable, sintetizándola en el axioma vulgar «para que esto sea mundo, etc.», no debiera extrañarnos, si no viésemos en esa conformidad inconsciente la falta de arrojo para luchar contra toda fuerza opresora.

Pero es muy singular que los más acérrimos enemigos de la igualdad son precisamente los que gozan del producto del trabajo ajeno, viajando en primera sobre el ferrocarril de la fortuna acaparada á costa de la vida del obrero, y al par que niegan su posibilidad, tratan de practicarla en lo imposible de la siguiente forma:

Como por efecto de los regímenes legislativos, todos los individuos son clasificados de superiores ó inferiores, como los géneros de cualquier establecimiento, los segundos han de bajar la cerviz ante los primeros, del mismo modo, aunque varíen en la estatura, mas no pueden hacer que todas las reverencias resulten al mismo nivel sobre la superficie de la tierra, notándose en este último punto parte de la igualdad que nosotros consideramos realizable y precisa.

A todos obligan á creer en su dios ó en sus dioses—porque hay quien tiene más de uno—sin conseguirlo, pues los ateos nos pasamos perfectamente sin semejante fardo.

Hacen que el soldado marche al mismo compás, sin tener en cuenta su estructura ni si lo permite su estado orgánico, queriendo igualarle al general, si no va á caballo y aunque vaya; á la misma hora han de comer el rancho, si bien en esto varían los privilegiados, así como en el vestir, cual si los demás no fueran capaces de disfrutar de lo bueno y á la hora en que cada uno tuviese ganas. Lo mismo que en el cuartel, ocurre en el convento y en todos los antros iguales en la desigualdad reinante, sin dejar de negar en lo posible lo que en lo impracticable se empeñan en realizar, pese á los infelices sometidos á su ominoso despotismo.

Así, pues, afirmamos que la igualdad consiste en que cada cual satisfaga sus necesidades cuándo y cómo lo tenga á bien, sin más límite que el respeto á la satisfacción ajena.

D. ESPINOSA.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.